

Noches de sal

Por David Mateo

*Él le permitirá ver.
Ella le ayudará a creer.*

Un prólogo para *Noches de sal*

Recuerdo perfectamente el día en que David Mateo me habló por primera vez de lo que más tarde sería *Noches de sal*. Habíamos quedado en un chino de Valencia, cerca de la Estación del Norte. Le vi aparecer con un aire agotado que no le conocía. Era extraño verle así. A él, que siempre anda pletórico de proyectos, iniciativas e imaginaciones.

Más tarde entendí que venía directo de una pelea consigo mismo. Acababa de arrancarse una idea y todos sabemos cuánto esfuerzo requiere dar a luz a una de esas malditas. Es ese instante de fuego en el que un escritor comprende que una nueva novela le ha salido al encuentro y que exige hacerse carne.

Me detalló con entusiasmo los gérmenes del proyecto. Lo hizo presa de la furia creativa, esa que todos los que escribimos amamos, odiamos y ante todo conocemos.

Entre rollitos de primavera me habló de una historia, de unos personajes, de una ciudad, Valencia, a la que pretendía convertir en escenario de una novela de terror. Cuando escuché esto último pensé que tal vez el licor de flores del restaurante tenía más grados de los que yo pensaba. En ese momento no podía imaginar mi ciudad, luminosa, mediterránea y gritona funcionando como trasfondo de un relato de miedo.

Claro, olvidé que toda luz tiene sus sombras y David Mateo es maestro en hacernos ver lo que más tememos ver.

Podéis imaginaros más o menos lo que sucedió después: la idea se fue haciendo novela. La nada se convirtió en un vibrante relato. Me fui enganchando capítulo a capítulo, sintiéndome como uno de esos lectores decimonónicos de literatura por entregas. Siempre con la excitación de aguardar el próximo capítulo, aún con la tinta fresca. A veces incluso metiéndole prisa al autor, un lujo que los seguidores de Alexander Dumas no tuvieron. Asistiendo casi a diario al proceso de creación. A las dudas, las decisiones repentinas, los golpes de brillantez. A los entusiasmos y a los inevitables bajones del escritor.

Al final resulta que David Mateo tenía razón: en *Noches de sal* Valencia acojona.

En el camino he visto al autor patearse sus calles, quemarse la pupila entre libros o buceando en las fosas abisales de Internet, pelear con bedeles, funcionarios e intermediarios de todo género para acceder a los escenarios reales que nutren el libro. Le he visto hablar de sus personajes con la pasión de quien cree que son reales. Quién sabe. Tal vez estén por ahí habitando una Valencia invisible que subyace tras la que todos conocemos. Viviendo aventuras insólitas entre plazas a medianoche, iglesias cerradas y subterráneos.

David Mateo es un genuino contador de historias. Si hubiera nacido hace mil años seguro que nos lo encontraríamos fácilmente en algún mercado ambulante, rodeado de comedores de fuego, dromedarios y malabaristas, fascinando a la gente con sus historias. Con ese hilo del que tan bien sabe tirar y que llamamos narración.

Sus cuentos, sus novelas, su blog irradian pasión por las aventuras y un amor profundo e intenso por lo misterioso y lo fantástico. Eso que nos hace abrir la boca y pasar siempre a la siguiente página.

Todo ello cristaliza en *Noches de sal*, una novela que puede ser tierna y cruel; intensa y ligera; justa e injusta; siempre sorprendente y atrevida. Siempre pasando de lo posible a lo alucinante. Bajo los rincones más suciamente reales de la ciudad se esconden espacios para la fantasía, escenarios deslumbrantes y sugerentes.

No sé qué reacción causará *Noches de sal* en los demás. Yo al menos ya no puedo ver Valencia tal como la veía antes. Ciertas calles a ciertas horas han dejado de gozar de mi confianza. ¿Quién sabe si la puerta del infierno me espera en lo profundo del callejón de los Nocturnos?

José Miguel Vilar Bou

NOCHES DE SAL

Hace siete años...

Aurora recordaba la pequeña candela flotando en un vaso de aceite. Su madre solía dejarla en el suelo del pasillo, y la luz que desprendía bailaba en las paredes, como si alguien quisiera apagarla pero no tuviera suficiente aire en los pulmones. La candelilla era un barquito redondo ardiendo.

—No la toques —advertía.

Le intrigaba el significado de aquella luz. Cada año su madre encendía una vela la noche de Todos los Santos y la llama vibraba hasta que el pábilo se consumía a altas horas de la madrugada. Su madre le explicaba que la luz servía para orientar a los muertos en su camino. Aurora, entonces, dormía un poco mal; arrebuada en la soledad de su cama imaginaba un procesión de muertos deambulando por el corredor, en busca de su destino definitivo, vagando desorientados, hipnotizados por el resplandor de las velas para llegar a donde quiera que tuvieran que llegar.

Dedos escuálidos arañaban la ventana, sacudidos por el aire, como si quisieran entrar en la habitación e inmiscuirse en los juegos de las niñas. Aurora los oía y, al contrario que sus amigas, sonreía con esa imprecisa inocencia de las crías de diez años, porque ella no tenía miedo, no a unas tontas ramas. Sabía que más allá de la noche solo se escondían los árboles del jardín. Ni demonios ni duendes traviesos, ni siquiera una bruja hambrienta que deambulara entre la penumbra robando bebés de las cunas. Solo la pertinaz noche mandaba en aquella habitación, ahogada por las nubes que anunciaban las tormentas de los primeros días de noviembre.

En la estancia se respiraba un ambiente húmedo, pese a que era una de las viviendas más lujosas del Grao de Moncofa y el papá de Conchita se hubiera tomado la molestia de revestir las paredes con una doble capa aislante y una pintura antihongos. Pero la penumbra, igual que el frío, suele ser portadora de pesadillas y desvelos para los más pequeños.

Aurora se acurrucó en el saco de dormir mientras Conchita terminaba de contar su relato del Día de Difuntos. Le dolía el culo y estaba incómoda, ya llevaban bastante rato hablando de estupideces. A su alrededor, las otras siete niñas también buscaban el calor de sus propios sacos, pero, al contrario que ella, todas parecían fascinadas por el cuento de Conchita. A Aurora se le antojó que lo narraba con un tono demasiado agudo, de tal modo que la sacaba fuera de la historia. Prefería mil veces la voz ronca de su abuelo, remedo de antiguas celebraciones en los bares del Cabañal y de canciones entonadas entre las olas del Golfo Ártabro. Conchita era demasiado joven para relatar una buena historia de terror, pero al resto de las niñas no parecía importarle. Todas permanecían muy erguidas alrededor de la

cama de su anfitriona, adorándola como a una diosa, a excepción de Pili, la pelirroja, que estaba más pendiente del sonido que producía la rama del árbol al rascar la ventana.

Aurora bostezó. No quiso, pero la boca se le abrió por una fuerza mayor. Apenas tuvo tiempo de ocultarlo con el dorso de la mano.

—¿Te estoy aburriendo?

Conchita no dudó en dejar la historia a medias, sin importarle que el asesino estuviera a punto de apuñalar a su víctima por la espalda o que la bruja acabara de cargar en un saco a los niños huérfanos de la casa de chocolate. Estaba más pendiente de ser el centro de atención que de mantener la tensión del cuento.

Aurora estaba segura de que su abuelo jamás hubiera interrumpido una historia interesante por un simple bostezo.

—No... ¡qué va...! Bueno, en realidad un poco. Me ha entrado sueño.

—¿Estás en casa de Conchita y ella manda! —gritó Miriam con su vocecilla de rata almizclera—. ¡Te tienen que gustar sus historias y no te tiene que entrar sueño!

—¿Por obligación? —preguntó Aurora.

—¡Pues sí es su casa! Claro que por obligación.

Conchita se deslizó hasta el borde de la cama y clavó sus ojillos en Aurora.

—¿No te gustan las historias de vampiros?

Aurora, con la desagradable sensación de que las otras seis niñas estaban muy pendientes de lo que iba a decir, se encogió de hombros.

—No sé. Esa historia que estabas contando me suena a un libro de Bram Stoker.

—¿De quién? —exclamaron todas a coro.

—Es un escritor inglés. He leído algún libro suyo y mi abuelo me ha contado muchas historias de ese vampiro. Son historias bastante macabras.

—¡Pues no! No es una historia de... de... ¡de ese escritor! Es una peli de la tele. La echaron ayer por la noche y mi madre sí me dejó verla.

De buena gana Aurora le hubiera contestado que a ella le importaba un comino la estúpida película y su estúpida madre. En realidad, tampoco tenía demasiado interés en estar en aquella estúpida fiesta de pijamas. La idea había partido de su madre. Ella fue la que insistió en llevarla a casa de Conchita después de clase.

—Te vendrá bien un poco de relaciones sociales. Deberías quedarte toda la noche. Te he echado el saco de dormir por si cambias de idea. Ya sabes... me llamas y retraso la hora de ir a recogerte —le sermoneó mientras arrojaba el humo del cigarrillo por la ventanilla del coche. Apenas la miró. Su madre muy pocas veces cruzaba la vista con ella, y Aurora, en cierta forma, lo agradecía. Su madre tenía unos ojos muy tristes—. Sigo pensando en lo del psicólogo, ¿sabes? Tengo un amigo que te trataría muy bien.

Aurora se estremeció en el asiento al escuchar la palabra psicólogo. Mentar al psicólogo era como invocar al mismísimo diablo. Conchita una vez le dijo en el patio del

cole que los psicólogos eran los médicos de los locos e, inmediatamente, Miriam le había preguntado si estaba loca.

—El abuelo no puede ser tu único amigo —continuó su madre, volviendo a darle una calada al cigarro y con la vista puesta en la autovía—. Tienes que relacionarte más, Aurora. Hacer amigas, compañeras con las que salir a la calle, empezar a desarrollar una vida social constructiva. Si no, el día de mañana te verás sola.

El «... como yo» se lo había ahorrado, aunque Aurora vio cómo estuvo a punto de escapársele.

Sola. Esa era una de las palabras hacia la que la niña había desarrollado una patología obsesiva. «Sola» se convertía en una evocación, casi esquematizada, de muchas de las facetas de la vida que compartían ambas.

Vivimos solas desde que nos dejó papá.

Solas en un viejo piso de Valencia.

Pasaremos solas el sábado por la noche.

Solo un par de bocadillos, por favor.

Nos vamos a dormir solas.

Vente hoy sola del cole, que mamá no puede ir a recogerte.

De vez en cuando, el abuelo venía a visitarlas, pero sus largas travesías por mar le impedían pasar mucho tiempo en casa. Solía permanecer un par de días en Valencia, después volvía a marchar y se quedaban aisladas en el piso... solas otra vez.

Aurora miró el radio despertador y comprobó que era casi medianoche. Por supuesto, no se había tomado la molestia de llamar a su madre para decirle que iba a dormir en casa de los padres de Concha, así que se estaba retrasando, como de costumbre. Mamá nunca llegaba a tiempo a los compromisos. Lo único que esperaba Aurora era que no se le hubiera ocurrido la maravillosa idea de abandonarla a su suerte toda la noche en casa de Conchita.

No, eso no se lo perdonaría.

—¡Bueno! —exclamó Miriam cruzándose de brazos—. ¿Es que no vas a responder?

Aurora sacudió la cabeza y echó un rápido vistazo a su alrededor, ya ni sabía cuál era la pregunta. Las otras niñas la miraban curiosas, a excepción de Pili, que seguía pendiente de la ventana y del crujido de las ramas. Sus ojos grandes y su tez pálida le otorgaban un aspecto de duendecillo horripilado.

—¿Cómo? —balbuceó Aurora para ganar algunos segundos.

—Te he dicho que si conoces algún cuento de terror, sabionda.

¡Pues claro que conocía! No uno... cientos. Y, desde luego, no tan viejos como las películas que Conchita veía en la tele. Aurora, con solo diez años, había leído a muchos de los clásicos de la literatura de terror —la mayoría de las veces a expensas de su propia madre—: desde Poe a Lovecraft, pasando por Mary Shelley, Sheridan Le Fanu, Guy Endore o Daniel Lonces. En algunos casos, Aurora tuvo que esforzarse para entender los vericuetos

más enrevesados de aquellos formidables escritores, pero el néctar de los libros era el alimento que precisaba la pequeña cuando las historias del abuelo navegaban lejos de casa.

Volvió a observar el radio despertador con la esperanza de que el conteo digital se hubiera detenido, salvándola de aquella horda de miradas hostiles. Las once y cincuenta y tres. Solo siete minutos para la medianoche. Los dígitos seguían su implacable marcha, desgraciadamente, por lo que estaba muy próxima la hora en que las ramas dejaban de ser ramas y se volvían más fantasmas que nunca. Solo entonces reparó en el espejo mural situado sobre la mesita de noche.

Los ojos de Aurora brillaron ávidos ante la oportunidad de dar su merecido a aquellas melindrosas.

—Pues claro que me sé un cuento. Me sé algo más que un cuento. ¡Esta noche podríamos hablar con un fantasma! ¡El fantasma de Verónica!

Una de las niñas dejó escapar un gemido. Otras se miraron con retraimiento, como si de golpe algo las hubiera abofeteado para devolverlas a una espantosa realidad.

Aurora se desplazó hasta el espejo y con mucho cuidado lo desenganchó de las alcayatas que lo sostenían a la pared. Ahora el retraso de su madre ya no le importaba tanto. Estaba ansiosa por contar la historia de Verónica. Era una buena baza para sorprender a aquella tropa de pijas engreídas.

—¿Pero qué haces? —gritó Conchita—. ¡Es el espejo de mamá! ¡Como lo rompas te la cargas!

Aurora, ajena a las quejas, llevó el espejo hasta el saco de dormir donde aguardaba Nuria, una niña rubieta y desgalichada que no había abierto la boca en toda la noche, y le tendió el espejo. Nuria lo cogió con cuidado y lo enfocó hacia la habitación. En la superficie aparecieron seis rostros inocentes, de trencitas recogidas con esmero o largos bucles amansados durante muchas horas. Aurora procuró sentarse frente a sus amigas y el reflejo que le devolvió el espejo fue el de una niña delgaducha, tirando a desgarbada, de ojos traslúcidos como el ámbar. El resto de las niñas iban vestidas con pijamas de felpa, Aurora, en cambio, todavía llevaba el uniforme de la escuela. Una baliza de socorro que la diferenciaba del resto y ahondaba aun más en la necesidad de que su madre fuera a rescatarla cuanto antes.

Extendió su mano hacia el espejo. Fue un gesto instintivo. La oscuridad dibujaba su perfil en aquella otra dimensión en la que los sentimientos afloraban con cada señal, con cada movimiento. Deseó acariciar el rostro de la niña hueca. Atrapar su tristeza entre los dedos, como si fuera una luciérnaga de humores melancólicos, y arrancarla de aquellos ojos tan afligidos, como otras veces anheló arrancar esa misma melancolía de las cuencas de su madre. Pero la tristeza se resguardaba bajo una armadura inquebrantable.

Ojos de ámbar... ojos traslúcidos como el ámbar... pulidos por la misma tristeza que atenazaba a su madre...

La congoja de aquellos iris era intangible como la niebla, como la penumbra que invadía la noche o el denso vaho grisáceo que lame el firmamento en los primeros instantes del alba.

Algunas de las niñas se removieron incómodas ante el espejo y Aurora, atrapada por aquella silueta quebradiza, dejó que la parte de su alma que aspiraba a convertirse en escritora hablara con la solemnidad de una domadora de palabras.

—¿Sabéis que hay puertas cerradas que no deben abrirse? ¿Sabéis que los umbrales prohibidos jamás deben ser traspasados? —Aurora estaba concentrada. Repetía las frases tal como se las había escuchado centenares de veces a su abuelo. Y lo cierto era que le gustaba cómo sonaban al salir de su boca. Tras ella, solo existía un silencio expectante, más allá una turbia cerrazón que llegaba hasta la puerta atrancada. El resto de la casa estaba en silencio, conteniendo el aliento y cediendo el protagonismo a la niña de los ojos de ámbar—. Verónica se atrevió a abrir una de esas puertas. Se atrevió a mirar al otro lado y desde entonces se quedó atrapada entre nuestro mundo y el otro.

—¿Qué otro? —jadeó Miriam.

Aurora no se tomó la molestia de responder. Ni siquiera la oyó.

—Verónica se sentía muy dolida porque por más que lo intentaba era incapaz de concebir un hijo. No hallaba la manera de que en su vientre se gestara la semilla que devolviera la sonrisa a un rostro envejecido por la tristeza. Verónica se sentía incompleta; más que incompleta, se sentía vacía. Día tras día, le rezaba a Dios para que en ella germinara nueva vida. Pero Dios no respondía y Verónica comenzó a temer que Dios prefiriera a otras mujeres antes que a ella. Aparte de visitar a los médicos, iba a misa cada domingo y los sábados por la tarde. Se confesaba aunque no hubiera cometido ningún pecado y encendía velas a los Santos para que le concedieran su deseo, pequeñas candelas que dejaba flotando en recipientes con aceite. Pero los médicos no encontraban cura a su incapacidad de engendrar.

—Mis padres también me buscan un hermanito desde hace mucho tiempo, pero tampoco pueden traerlo —dijo una niña que se llamaba Estefanía—. Creo que mi padre tiene «movilidad».

Conchita le pegó un codazo para que cerrara la boca.

—Por eso Verónica decidió abrir una de esas puertas. —Aurora volvió a mirar el radio despertador. Las once y cincuenta y siete. Solo tres minutos para la medianoche—. Rezó a quién no debía rezar y *ese* que ha tenido cien nombres desde que el mundo es mundo le prometió una larga descendencia. Así se lo dijo, con una voz que son rumores, entre sonidos de cadenas y de carne desgajada, entre sombras inexistentes y retorcidas ramas de árbol. «Todos tus hijos serán mis hijos. Los señalarás llegada la medianoche y tú, hija mía, serás madre en mil vientres diferentes.» Tras aquella promesa, a los dos días,

Verónica falleció. Los médicos le diagnosticaron un ataque al corazón, pero otros dicen que aceptó el pacto con el Diablo y murió sin previo aviso, sin ninguna enfermedad aparente.

—¡Eso es horrible! —exclamó Miriam mientras mordisqueaba el puño de su pijama.

Pili seguía mirando de reojo la ventana, la alusión a las ramas la estremecía en lo más profundo.

—Son las once y cincuenta y ocho —anunció Aurora, con voz crítica—. Estamos a tiempo de llamar a Verónica.

—¿Para qué? —gimoteó Nuria, convertida en una gárgola de piedra que sostenía el espejo de pared.

—Para que nos muestre nuestra descendencia. Si la llamamos tres veces antes de la medianoche, Verónica aparecerá en el espejo y nos mostrará nuestro primer hijo.

Se produjo un instante de silencio absoluto. Aurora podía ver a través del nimbo de cristal cómo unas intercambiaban miradas con otras. Había logrado despertar un temor subrepticio en sus amigas. Lo que antes eran expresiones malévolas, ahora se convertían en muecas nerviosas, labios rígidos, comisuras que se apuraban a trazar sonrisas temblorosas.

Fue Conchita la que se atrevió a dar el primer paso. Se situó tras ella, posó la mano en su hombro y esbozó aquel gesto de autosuficiencia que la hacía parecer superior al resto del mundo.

—La historia es tuya, Aurora. Hazlo tú.

Aurora sintió un escalofrío en toda la columna vertebral. Jamás hubiera esperado que la situación se pusiera en su contra. ¿Invocar a Verónica? ¿Ella? Pero si no tenía ningún interés en saber cómo sería su primer hijo. De hecho, dudaba que llegara a tener hijos.

Las once y cincuenta y nueve.

—Ahora o nunca, miedica —la hostigó Conchita.

Aurora cerró los ojos. No lo hagas, dijo una vocecilla muy dentro de su cabeza. Las puertas no deben abrirse, deben permanecer cerradas. Los cuentos deben seguir siendo cuentos. Es peligroso jugar con fuego porque al final te acabas quemando. Un sudor frío empañó la espalda de Aurora. ¡Cuánta oscuridad se agolpaba en aquella habitación! Deseó que sonara el timbre de la puerta. Deseó con todas sus fuerzas que, por una vez en su vida, su madre acudiera a rescatarla.

Pero la oscuridad seguía en silencio, esperándola.

—Vamos —susurró Conchita en su oído—. Llámala.

Aurora vio en el espejo a la niña enroscándose en su espalda, como una serpiente capaz de hipnotizarla con su siseo. Casi podía sentir en los labios el dulzor de la manzana prohibida.

—Llámala, Aurora. Queremos verla. Queremos ver a Verónica.

Respiró hondo y el aire, al salir de sus pulmones, se convirtió en un alud que atronó la habitación. Se aproximó un poco más al cristal y situó la mano en la fría superficie. El

marco desprendió suaves vibraciones. Nuria estaba temblando y su miedo se transmitía entre los dedos engarfiados.

Abajo, en el comedor, el reloj de pared de los padres de Conchita anunció la medianoche. Aquel repentino estallido de viveza hizo que Aurora se decidiera.

—Verónica.

El cristal volvió a temblar. Una leve oscilación que quedó impregnada en la yema de sus dedos, como la quemadura de una llama cuando besa la piel. Aurora miró a Nuria, pero esta ya no temblaba. Contenía el aliento, con los ojos abiertos como pelotas de ping pong.

Seis campanadas.

—Verónica.

La oscuridad arremolinada en torno a las niñas se condensó. Aurora lo vio en el espejo. Una turba negra que se batía sobre ellas, llena de vida, tan espesa que si alguien hubiera hablado, miles de ondas se habrían propagado por la habitación y el mundo habría perdido consistencia.

Casi pudo escuchar la voz de su abuelo en su cabeza: *No abras la puerta, hija mía, es demasiado peligroso*. Pero ya era tarde. Aurora sabía que estaba a punto de suceder algo. Su mano descansaba sobre el picaporte y el umbral se entreabría con lentitud. Solo tenía que empujar un poco más y vería por primera vez el otro lado.

Diez campanadas.

Fue incapaz de resistirse. ¿Cómo hacerlo cuando el mismo aire estaba impregnado de un zumbido electrizante que llamaba a lo sobrenatural? Solo debía pronunciar una palabra más... solo una palabra... y podría ver el otro lado del abismo. Podría conocer aquello que desde bien pequeña la había fascinado.

Aurora cerró los ojos y dictaminó su futuro:

—Verónica.

Todavía con los párpados apretados, pudo escuchar una exhalación proveniente de su espalda. Alguien abrió una escotilla imaginaria y una vaharada de aire escapó de ella, una oleada viscosa y sucia que la atravesó. El ambiente se cuajó por el miedo. Le pareció imposible, pero un sonido burbujeante le llegó justo de enfrente, donde estaba el espejo. Algo se movía despacio, como arrastrándose, arañando la superficie pulida del cristal.

No quería hacerlo, no deseaba hacerlo... pero Aurora, al final, no tuvo otro remedio que abrir los ojos... esos ojos color ámbar siempre presos de la tristeza.

Cuando Horacio Serra, tiritando de frío, llamó a la puerta del chalet de los Belda, no esperaba encontrar el rostro descompuesto que le dio la bienvenida. Supuso que la anfitriona tampoco estaba preparada para recibir al espectro que le aguardaba en el jardín. Horacio había recorrido los cincuenta y cinco kilómetros que separaban Valencia de

Moncofa en media hora, un tiempo récord, sobre todo teniendo en cuenta que era la madrugada de un viernes y la A7 bullía de domingueros y jóvenes de fiesta.

—Soy Horacio Serra, el abuelo de Aurora. —Las palabras apenas le llegaban a la boca. Su corazón era un atabal que no dejaba de retumbar. Ni siquiera se había tomado la molestia de apagar las luces del coche. El viejo Fiat Coupe desprendía una cortina de luz que barría la cochera de los Belda—. He venido a por la niña.

La señora de la casa parpadeó, desorientada, como si se encontrara todavía sumergida en un sueño del que era incapaz de despertar.

—Usted... es...

Horacio tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Las rodillas le flaquearon, como cuando tomaba tierra después de pasar una larga temporada en alta mar. El mundo estaba a punto de venírsele encima.

El señor Belda apareció en el umbral y rodeó con su brazo la espalda de su mujer. Su faz estaba tan demacrada como la de ella.

—Por favor... —dijo con el tono más cortés que podía emplear—. Venga conmigo.

La habitación de la niña se encontraba en el segundo piso. Toda la vivienda traspiraba oscuridad, como si el ambiente estuviera impregnado de una salinidad que le secaba el paladar. A Horacio se le hizo un mundo subir las escaleras que llevaban al cuarto de la niña. Había atravesado la A7 como una exhalación, incapaz de dejar de pisar el acelerador mientras la aguja del cuentakilómetros no bajaba de los ciento sesenta. En todo el trayecto al Grao de Moncofa no tuvo el valor de pensar en nada, temía imaginar lo que sucedería cuando llegara a casa de los Belda y se encontrara con los ojitos de Aurora. ¿Qué decir? ¿Qué hacer? ¿Cómo reaccionar? El tiempo resbalaba a su lado igual que los kilómetros en la carretera. Fue incapaz de pensar con claridad hasta que abandonó la autovía por la comarcal y los primeros edificios de Moncofa aparecieron tras la rotonda.

Ahora, mientras subía las escaleras que llevaban al cuarto donde aguardaba Aurora, el mundo comenzaba a engullirlo. La responsabilidad hacía que una gran vena atravesara su cuello, de parte a parte; una cicatriz que seguía latiendo con una cadencia arrítmica que le obligaba a apoyarse en la baranda. Sabía que algo andaba mal en aquel lugar. El recibimiento de los Belda no había sido natural, sin preguntas ni miradas sospechosas, a pesar de que a su puerta se había presentado el cadáver más descompuesto del cementerio. Mientras atravesaban un pasillo que llevaba hasta una habitación cerrada, los Belda no dejaban de dirigirle miradas nerviosas, como si desearan cuanto antes desprenderse de la niña. Al fondo, una alfombra de luz se filtraba por la rendija de la puerta de cedro.

Fue el señor Belda quien entró primero en la habitación. La mujer aguardó en el pasillo, rodeándose el talle con los brazos, acallando un impertinente sollozo. Cuando Horacio Serra atravesó el umbral, tuvo la impresión de asomarse a un cuadro grotesco. Siete Meninas inmortalizadas en el lienzo, atenazadas por un segundo de inmovilidad que se prolongaba eternamente. Con sus pijamitas de felpa, lana o algodón y las caritas encajadas

en un rictus pálido que las convertía en intérpretes de una obra funesta. La moqueta estaba salpicada de cristales, una constelación de diamantes que provenían del marco vacío que sostenía una de las niñas. Y en el centro de aquella visión nefasta aguardaba Aurora, sentada en el suelo y con las piernas cruzadas. La columna tan rígida que parecía a punto de quebrarse por la tirantez.

Algunas se giraron hacia él y sus rostros redondeados se retorcieron en mohínos. Otras permanecieron inmóviles, con un grito de terror atorado en la garganta, arrojadas por sus sacos de dormir y un radiador que convertía la habitación en un horno. Aurora, en cambio, no se movió. Ante ella se abría un abanico de cristales que refractaba la luz de una lamparilla. Permanecía paralizada con aquel rictus de terror absoluto, contemplando el abismo negro que le devolvía el marco del espejo destrozado.

Los balbuceos de los Belda llegaron hasta Horacio Serra lejanos, muy lejanos, como de otro mundo.

—Las encontramos así... intentamos moverlas pero no pudimos...

—Comenzaron a gritar... no sabemos lo que pasa...

—Están pálidas... frías...

—El espejo se rompió...

Horacio Serra, envuelto en sudor, caminó hacia Aurora, despacio, precavido. Bajo sus zapatos el suelo crujía.

—Cuidado con los cristales...

—¿Qué les ha pasado? Pobrecitas... están heladas...

Se deslizó entre aquellas hermosas damitas de porcelana. Alguna dejó escapar un suspiro cuando Horacio pasó frente a ella. Solo un soplo gélido que atravesó la pana del pantalón y erizó el vello de las piernas del hombre. El tiempo parecía estancado, atrapando las sombras que revoloteaban en la estancia.

—Cuidado, cuidado, no las toque. Hemos llamado a un médico...

—Vendrá muy pronto. Dijo que no hiciéramos nada. No puede tardar...

—Puede esperarlo... si quiere...

Por fin, Aurora.

Horacio se situó entre el espejo y la niña, pero sus ojos enrojecidos le atravesaron como dos cuchillos y siguieron clavados en el marco vacío. En los últimos minutos, el hombre había tratado de imaginar qué encontraría en la habitación de las niñas, qué clase de terror podía afectar a los Belda de aquella manera, pero ni sus pensamientos más extraños podían prepararlo para aquella imagen. Horacio pasó la mano frente al rostro de su nieta, pero no halló más que el gesto petrificado del retrato de un muerto en su tumba. Cuando sus dedos acariciaron la mejilla, tuvo la impresión de tocar un trozo de hielo.

—Dios... si hace un calor demencial... —murmuró el anciano observando de reojo el radiador.

En cualquier otro momento, Horacio hubiera hecho mil preguntas. Habría asaltado a los propietarios del chalet con un interrogatorio que aportara respuestas a aquel disparate. A su alrededor, las niñas permanecían idas. Los Belda comenzaron a sollozar.

—Aguarde al médico, por favor —le rogó la mujer—. Pronto vendrán los otros padres.

Horacio observó a su nieta, luego a los amos de la casa y de nuevo a la niña.

—No puedo —dijo muy serio—. Ha sucedido algo terrible.

El marinero se acuclilló frente a la cría y puso las manos callosas en sus hombros. Estuvo a punto de separarlas por un impulso reflejo. Incluso la lana del jersey estaba congelada. Horacio, tembloroso, acogió las mejillas de Aurora y las frotó para verter en ellas un soplo de calor.

—Aurora... tu madre... —Horacio tragó saliva—. Tu madre ha sufrido un accidente cuando venía a recogerte. Está muy grave en el Clínico. Puede... puede morir.

Las pupilas de Aurora se dilataron en la gran mancha marrón de sus retinas, como si su temperatura corporal se hubiera desplomado. Fue la única reacción que mostró. La otra Aurora, la que había visto, seguía muy lejos de allí.

ZERO – Trescientos quince

Los kiero0000...
los kiero000000000...
¿dOnde están los nocturnos?

Las frases estaban dibujadas con pintura roja en la pared del comedor, escurriéndose entre grietas y desconchados. De inmediato la chica supo que el servicio, aquella noche, no iría todo lo bien que esperaba. La pintura todavía goteaba por el tabique y manchaba el tapizado del sofá, dibujando espirales en la tela desgastada. Parecía que hubieran acribillado a machetazos a alguien en aquel nido de colillas y el mensaje hubiera sido esbozado a base de salpicaduras de sangre. Los trazos ascendían desde el cabezal del sofá hacia arriba, en largas líneas irregulares cuajadas de grumos.

La muchacha tuvo que taparse la nariz con la manga de la cazadora de cuero para soportar el olor, aun así le entraron ganas de vomitar. Desde que irrumpió en el piso, aquella peste la había perseguido. Un hedor aceitoso a residuos y tuberías atascadas que se apoderaba de los ochenta metros cuadrados del apartamento.

—Señor Rulfo... ¿está usted ahí?

Le costó un mundo apartar la vista del mensaje y volver a echar una ojeada al comedor. Todo estaba tan silencioso que parecía imposible que hubiera alguien. Las baldosas del suelo levantadas, el papel de la pared abombado por la humedad, grandes manchas negras aquí y allá, probablemente vestigios de viejas tuberías reventadas. Y, en el ambiente, ese calor rancio que atacaba a cualquiera que entrara en las Casitas Rosas, el bloque de edificios más degradado de la Malvarrosa.

Eran casi las tres de la mañana y seguía haciendo calor. La muchacha sentía la piel pegajosa por el sudor, lo cual la enfermaba más. Le resultaba asqueroso que las partículas de aquel cuchitril entraran en contacto con su carne, y eso que estaba acostumbrada a bañar su cuerpo con toda clase de fluidos.

Caminó hacia la salida de la habitación y se detuvo en mitad del pasillo. Sus zapatos italianos con tacones de aguja anunciaban su presencia, clavándose entre las hendiduras de los ladrillos descascarillados. Los había comprado con la pasta agenciada en su último servicio: uno de esos filántropos poderosos que frecuentaban Valencia durante el fin de semana de la Fórmula Uno. Durante los meses anteriores no le había ido nada mal. Desde que Valencia alcanzó la internacional, su móvil no dejaba de sonar y las citas con clientes de poca monta dejaban paso a encuentros esporádicos con padrinos de sonrisa mórbida y cartera fácil.

Entonces... ¿qué cojones hacía en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad?

Echó un vistazo al recibidor que conducía hasta la entrada. La puerta ciega de roble seguía entreabierta, alguien la había reventado a patadas hacía tiempo, por lo que cuando llegó no tuvo más que empujarla para entrar en la vivienda. Ahora, el sentido común le decía que diera media vuelta, saliera por esa misma puerta y mandara al diablo al señor Rulfo y sus trescientos euros.

Sin embargo, al otro lado del pasillo, a menos de veinte pasos, algo tiraba con insistencia de ella. La muchacha no sabía exactamente el qué. Más allá del corredor solo se atisbaban bocas oscuras que conducían a las habitaciones, pero entre el tapiz de sombras que escapaba de uno de los cuartos, casi podía percibir una ligera agitación, como si alguien hubiera abierto una ventana en una estancia cerrada durante siglos y el aire viciado escapara a raudales por el pasillo.

—Señor Rulfo... —Dio un pasito al frente, las habitaciones quedaron un poco más próximas. Las manchas de humedad se expandían por el techo, un entramado negro del que rezumaba el mal olor—. No me gustan los juegos. Se lo advierto.

De vez en cuando tanteaba la pared, en busca de un aplique que trajera algo de claridad entre tantas tinieblas, pero se encontraba en un piso franco donde yonquis y camellos llevaron a cabo sus trapicheos al amparo de la ilegalidad o donde la vida y la muerte se midieron en más de una ocasión a navajazo limpio, por lo que la electricidad o la luz no eran bienvenidas en aquellas latitudes.

De pronto le vino algo a la cabeza: una voz infantil recitando entre golpes rítmicos.

—Señor Rulfo, ¿está usted ahí?

¿Eran golpes o era otra cosa? Bajó la cabeza para intentar refrescar la memoria, pero le fue imposible. Cada vez que echaba la vista atrás, rememorando su niñez, se encontraba con una esclusa que le impedía volver al principio. De todas formas, seguía escuchando aquellas señales acústicas sincronizadas en lo más profundo de su cabeza, entremezclándose con un murmullo infantil que le helaba la sangre, un murmullo en donde el miedo se licuaba hasta deformar cada palabra.

Una cucaracha pasó por encima de la punta de su zapato y le hizo retroceder asqueada. Cuando se volvió hacia el recibidor, dispuesta a marcharse, se encontró con la puerta cerrada. No, eso era imposible. La puerta no podía cerrarse, tenía el cerrojo y los goznes rotos. Hizo ademán de seguir retrocediendo, pero un ruido procedente del ala izquierda del pasillo provocó que su corazón se paralizara durante unos segundos.

Se volvió lentamente hacia la habitación y una vez más solo encontró esa inmovilidad que pugnaba por apoderarse de todo el piso. Sin embargo, ahora estaba segura de que había escuchado algo. Un ruido fugaz que provenía de una de las habitaciones.

Volvió sobre sus pasos, desplazándose esta vez más despacio. Sus manos buscaban un lugar donde aferrarse, pero resbalaban una y otra vez con los afloramientos de moho de la pared. Tuvo que contener la respiración para no caer derrotada por aquel olor tan desagradable. De nuevo volvió a su cabeza aquella cadencia sincronizada. Ecos que nacían

en lo más profundo de su cerebro y, tras una explosión de armónicos, emanaban de ella y se expandían por todo el piso. La muchacha se dejó caer contra la pared, apoyó la frente en el revestimiento estampado de flores, como si el contacto con la solidez del ladrillo pudiera calmar el caos desatado en su subconsciente, y estrujó las neuronas para recordar. Algo en su cabeza no acababa de funcionar. Un mecanismo atrofiado hacía más de veinte años y que ahora, en ese piso lúgubre, volvía a dispararse de repente. ¿Qué era? ¿Qué era?

Cerró los ojos y se concentró en la vocecilla que nacía en su cabeza. Se esforzaba por ver más allá de aquellas bandas de irrealidad, por encontrar el hilo que arrancara la verdad de lo más profundo de su memoria y la sacara a la luz, pero estaba tan enterrada que...

De nuevo aquel ruido furtivo, esta vez escalofriantemente real, procedente de las habitaciones y camuflado con una voz áspera.

—... uno, dos, tres... dice el Secreto... a tus ojos poner quiero, letras que en mi cabeza están... uno, dos, tres... no lo recuerdo, no lo recuerdo... ¿qué sigue?

La muchacha se separó de la pared y caminó hacia el final del pasillo.

—Señor Rulfo... ¿es usted?

Algo se agitó en la habitación de la izquierda, un cuerpo pesado que se mecía sobre un nido de muelles.

—¡No! ¡No! ¡No es la cabeza! A tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están. Sí, así es. Uno, dos, tres... dice el Secreto... y aunque el pecho se desangre en su misma fortaleza, costar tiene una cabeza cada gota de esta sangre. Sí, sí. Pero ¿qué falta, Secreto? ¿Qué falta?

La muchacha llegó hasta el umbral de la puerta y se cobijó junto a las jambas apolilladas de carcoma. Apoyó el oído en la madera y cerró los ojos, tratando de hacerse una imagen de lo que le aguardaba a la vuelta de la esquina. No había tenido oportunidad de hablar directamente con el señor Rulfo, el servicio fue contratado a través de Essien, su *agente* —como a ella le gustaba llamarle, la palabra chulo todavía le venía grande—, y siempre que Essien ordenaba algo, la muchacha obedecía sin rechistar... o ya sabía lo que le esperaba a cambio. La última vez que osó contravenirlo, había acabado en La Fe con dos costillas rotas y una perforación en el pulmón derecho. Por suerte para el negocio no quedó marcada.

Ahora que tenía la oportunidad de escuchar directamente al cliente, la muchacha maldecía la poca vista de Essien. Aquel siseo decrepito hería como un cuchillo. Una mezcla de lamento y cuchicheo que provocaba una sensación muy desagradable.

—Uno, dos, tres, dice el Secreto, a tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están, y en... en los míos... No, no, no, no es así.

Todavía encogida junto al vano de la puerta, con los párpados cerrados, la muchacha recordó. El espejo, los rostros cenicientos, agolpándose unos contra otros, como pequeñas muñequitas embutidas en un armario, a la espera de que una puerta se abriera y

alguien acudiera a ellas. Y de fondo, poniendo banda sonora a aquella elipsis de la consciencia, el tictac del reloj. Campanadas que acompasaban la voz de la niña rara. Una, dos...

—... tres, y en los míos, como imán... uno, dos, tres, y en los míos, como imán...
¿Qué más? ¿Qué más?

La muchacha dio un paso al frente y se atrevió a echar un vistazo a la habitación. No presentaba mejor aspecto que el resto del apartamento. Ante sí tenía una estancia tan amplia como el comedor, completamente en tinieblas. Una vieja persiana sobrevivía en la ventana, a través de los listones de plástico se colaba un haz que dispersaba la oscuridad en franjas simétricas. El suelo estaba levantado, y entre las dunas de cemento se distinguían charcos de agua, jeringuillas, colillas y condones usados. Aquel era el reinado de las cucarachas, subían por las paredes y se colaban en las grietas, volaban entre las ruinas y se guarecían en los muebles de caoba, alimentándose de gusanos. El aire era irrespirable, una mezcla de heces y esperma que atacaba directamente a los pulmones. La muchacha retrocedió ante el primer impacto, pero su vista estaba puesta en dos somieres que ocupaban el lado izquierdo de la habitación. Sin colchones ni sábanas que los recubrieran, parecían dos esqueletos con bastidores desencajados y láminas de muelles muy viejas y oxidadas. Sobre el somier arrinconado contra la ventana yacía el Señor de la Casa —a la muchacha no se le ocurrió otra forma de definirlo—, recostado contra el cabecero, con la mirada perdida en el techo; de vez en cuando levantaba la mano y contaba palabras imaginarias con los dedos... unos dedos largos y retorcidos.

—Uno, dos y tres, dice el Secreto, a tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están, y en los míos, como imán, sacan lágrimas de acero. Sí, así es, Secreto, así es. Uno, dos y tres.

La joven tuvo que aferrarse al marco de la puerta para no caer ante aquella imagen demencial. El Señor de la Casa, de cuerpo nervudo y grueso, estaba completamente desnudo. Cada vez que alzaba un brazo y un rayo de luna lo iluminaba, ella podía distinguir fibras y tendones tallados en cuarzo, retorcidos como nudos, pálidos como el alabastro. Si el Señor de la Casa se movía en su trono de muelles, las costillas salían a la luz, tratando de rasgar los pliegues de piel liviana que las recubrían. El somier rechinaba ante los movimientos de aquel hombre —aunque la muchacha, por su envergadura, no tenía muy claro si se trataba de un hombre o de un simple chico—, uniendo su canción lastimosa a la salmodia que flotaba sobre la estancia.

—... a tus ojos... a tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están...

Los movimientos del Señor de la Casa eran obscenos. Levantaba los dedos, uno tras otro, contando los versos del poema, después se apretujaba el glande de un pene largo y delgado, que como una rama seca, crecía entre sus piernas torcidas. A la muchacha le entraron arcadas de solo pensar que tendría que meterse aquella cosa entre los muslos.

—Señor Rulfo...

—... letras que en mi alma están...

—Señor Rulfo.

El extraño se detuvo, dejó de masturbarse y se volvió hacia la entrada, donde aguardaba la muchacha. Se deslizó hasta el borde de la cama y se sentó en el bastidor. Tres piernas buscaron la solidez del piso, dos se posaron en las baldosas, otra quedó colgando. Su silueta, rota por un sarpullido de deformidades, se perfiló bajo los reflejos de la luna.

Solo entonces, la muchacha comprendió que no estaba a salvo. Los ojos de *aquello* la buscaban con ansioso regocijo, deteniéndose allí donde la tela de la cazadora se abombaba y la camiseta elástica se estiraba hasta lo indecible. Ella, que por experiencia ya debía estar acostumbrada a aquel tipo de reacciones, se sintió incómoda ante el escrutinio de aquellos ojos rebosantes de perversidad.

—¿Sabes dónde están los nocturnos? —preguntó él.

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal cuando el Señor de la Casa se incorporó de la cama. ¿Quién era? ¿Qué era? No existían palabras para describirlo. Aunque sus rasgos se desvanecían en la noche, algo en él no era normal.

—Sabes dónde están los nocturnos.

Ahora ya no proyectó ningún tono de interrogación en su voz. El Señor de la Casa exigía. Por supuesto, ella no tenía ni remota idea de a qué se refería.

Apurada por el miedo, comenzó a retroceder por el pasillo hasta chocar con la pared.

—¡Sabes dónde están los nocturnos!

El Señor de la Casa dio una patada al somier y las patas delanteras se levantaron tres palmos del suelo.

—¡Lo sabes! ¡Lo sabes!

La muchacha negó con la cabeza.

—Yo... yo no sé nada.

—¡Los nocturnos! ¡¡Los nocturnos!!

Y sin más, el extraño se precipitó sobre ella, apartando a empujones los restos de mobiliario que se interponían en su camino.

La muchacha fue consciente de que se jugaba la vida. Aquella mala bestia estaba dispuesta a herirla... o quizás algo peor. Echó a correr por pasillo, sin volver la vista, apoyándose en las paredes cada vez que perdía el equilibrio sobre sus interminables zapatos italianos. Atravesó la entrada del comedor y llegó al recibidor. Tras ella podía escuchar el trote de unos pies descalzos que no se detenían ni ante los trozos de vidrio ni ante las aristas de las baldosas. No quiso mirar, pero la respiración pesada del señor Rulfo —o quién diablos fuese— sonaba tan fuerte como un jabalí a la carrera.

La puerta seguía cerrada. La muchacha embistió contra ella, esperanzada porque los goznes se combaran por su peso, pero la madera resistió. ¡Imposible! La puerta estaba rota... reventada a patadas. Ella misma se había deslizado entre las astillas al entrar en la

casa. Un simple empujón bastó para que las bisagras se doblaran y le permitieran el acceso. ¿Dónde estaban ahora las abolladuras en las planchas? ¿Dónde las marcas de las suelas de las botas?

El bramido del señor Rulfo se convirtió en un rugido demencial que llenaba el pasillo.

La muchacha, jadeando de miedo, cerró los puños y aporreó con impotencia la puerta. La madera resistió inexpugnable, devolviéndole una cruel mofa cada vez que sus dedos se estrellaban contra el revestimiento de roble macizo. Con cada impacto, sentía cómo se dejaba la carne en las vetas, cómo sus nudillos crujían, cómo el dolor se anudaba a sus falanges en forma de zarcillos. Pero no le importaba. No tras ver los ojos del señor Rulfo, no tras escuchar su respiración entrecortada... no ahora que sentía su aliento cabalgar hacia ella, incontenible, apestoso, voraz...

Gritó desquiciada, aún a sabiendas que nadie podría oírla en aquella celda de muros reforzados. Pateó la puerta con sus caros zapatos de piel, terminó de romperse los nudillos en la madera, pero nadie respondió a sus llamadas. Solo el Señor de la Casa, que se precipitó sobre sus riñones como un mercancías descarrilado, dejándola sin aire y muda por el dolor.

La muchacha resbaló por la pared. El golpe fue tan violento que a punto estuvo de vomitar los intestinos por la boca. Trató de mantenerse en pie, pero algo la agarró por la cabeza y la hizo postrarse de rodillas. Los filos de baldosas se le clavaron en la carne, arrancándole lágrimas de los ojos.

—Uno, dos y tres, dice el Secreto, a tus ojos quiero poner, letras que en mi alma están. —La voz meliflua del señor Rulfo resonaba sobre su cabeza, amenazadora como la de un rey que tiene en sus manos a un simple vasallo.

Ella gimió, se retorció, sollozó de pura impotencia, pero no hubo tregua. Las uñas mordisqueadas del extraño se clavaban en su cabeza, obligándola a permanecer de rodillas, con la frente apoyada en la puerta.

—¡Noooooo! —El señor Rulfo se enfureció—. ¡No, no y no, Secreto! ¡Así no!

Algo tiró de ella, hacia atrás, con una potencia que le arrancó el aire de los pulmones. La misma energía que impulsó el brazo del señor Rulfo, la empujó de nuevo contra la madera. Apenas fue un segundo, después se produjo el impacto demoledor. La muchacha sintió en los tímpanos el crujido provocado por su hueso frontal al romperse, por el tabique nasal al quebrarse en dos, por el maxilar incrustándose en la superficie sólida y aplastándose hasta la cigoma.

Cuando el señor Rulfo la apartó de la puerta, boqueaba en un mar de sangre.

—Otra vez. ¿Dónde están los versos, Secreto, dónde están?

La muchacha apenas podía sollozar. Su cara se transformaba en una masa sanguinolenta de dolor. Sus ojos enfocaban la puerta sin llegar a verla. Era consciente de que tras aquel muro, el mundo seguía en paz, la brisa de la playa suavizaba el tórrido calor

de agosto, las calles se veían tomadas por amantes de las madrugadas. Allá dentro, sin embargo, estaba el infierno. La locura, la desesperación, el dolor.

Las lágrimas corrían entre la sangre. ¿Por qué ella? ¿Por qué?

—Uno...

El señor Rulfo volvió a apretar la cabeza de la muchacha y la estampó contra la puerta.

—... dos...

Otra vez.

—... tres...

Y otra.

Ella deseaba estar muerta.

La puerta... la puerta debería estar abierta... abierta...

—... a tus ojos poner quiero, letras que en mi alma están...

La voz del señor Rulfo era un balbuceo lejano.

—... que en mi alma están, que en mi alma están... ¡No! ¡No! ¡No! ¡Uno...!

Se quedó ciega cuando él volvió a usar su cabeza como ariete. La madera se agrietó ante el último impacto.

—¡... dos...!

Los estallidos contra la puerta resonaban en el hueco de la escalera, una y otra vez, una y otra vez, explosiones fulgurantes de rabia desmedida.

—¡... tres! ¡Costar tiene una cabeza cada gota de sangre!

Pero ella ya no estaba allí, estaba lejos, muy lejos, viendo a través de unos ojos que fueron suyos en otra vida. A sus pies aquella figurita pálida, introvertida, absorta en el espejo de su madre.

Queremos verla.

¿Esa era su voz? Qué distante parecía ahora.

Queremos ver a Verónica.

—... uno, dos, tres...

Hay escritores que se embarcan en una búsqueda infinita con tal de hallar la exégesis perfecta del mundo, poetas que aspiran a componer el verso más bello, pintores que cultivan en un lienzo recreaciones vivas de una época determinada. Abel Barros se conformaba con ver en el papel las imágenes que emanaban de sus fantasías. Quizás, por eso, cambió la universidad de Bellas Artes por la de Medicina, le era más sencillo ser cáustico que manierista, manejaba con mayor precisión el bisturí que el pincel. El cuerpo humano era un lienzo definido, el papel en blanco una fosa en la que resultaba muy fácil perderse. Y aquello le dolía en el alma. Le dolía mucho.

—Es vértigo lo que sientes, Abel —le dijo una vez uno de sus antiguos maestros—. Miedo a mostrar lo que llevas dentro, miedo a hacer partícipes a los demás de tus inclinaciones artísticas. Eso es un grave problema porque en realidad lo que temes es encontrarte a ti mismo.

A los veintidós años, Abel seguía viéndose como Belerofonte en busca de la Quimera, sin embargo, en su mitología privada, ese Belerofonte jamás llegaba a atravesar al monstruo con su lanza de plomo.

Al menos la medicina le dio algo sólido donde agarrarse, una seguridad que le permitía dar la espalda al Abel Barros indeciso que casi había salido huyendo de La Coruña para respirar con cierto grado de alivio en Valencia. Pero Abel no quería renunciar a esa parte de sí mismo, y de vez en cuando se dejaba caer por el viejo caserón situado entre el puerto y el Cabañal, decorado con grafitis tan ilustrativos como la manera de degustar un clítoris, cristos endemoniados con penes colgando del pecho, dragones escupiendo fuego y maniqués ensangrentados que se balanceaban del techo mientras sonaba con estrépito la música de Grey Daturas.

Aquel sábado por la noche pinchaba un tío raro con la cara pintarrajeada de rojo y el cráneo afeitado al cero, escuálido como un zombi. Abel no sabía exactamente quién era, pero debía ser alguien importante dentro de los suburbios. Prácticamente todos los ocupas de los poblados marítimos se habían reunido en el caserón que en otra hora perteneció al maestro Padilla, formando colas interminables que llegaban al puerto. Era tal la masificación, que incluso los policías giraban la cabeza al pasar con los coches patrulla por la calle Doctor Lluç.

La cosa fue bastante bien hasta que los niveles de adrenalina se dispararon y el tipo comenzó a revolcarse por el suelo mientras la chica que tocaba el violín deleitaba a la concurrencia con un *noise* eléctrico insoportable. Entonces, el público se lanzó en masa contra el escenario y todo el mundo comenzó a gritar. Cámara, uno de los anfitriones, acabó llevándose a Abel al cuartucho que destinaban al artista y, consciente de que el joven se

encontraba fuera de su elemento, le dio un par de palmaditas en la espalda para tranquilizarlo.

—¿Qué tal, chaval? ¿Cómo lo llevas? —Cámara tenía que alzar la voz para hacerse escuchar. A pesar de que la estructura era muy antigua y las paredes de hormigón armado, la música estridente y los gritos de la tribu amenazaban con tirarlas abajo.

—Este escándalo no me va a dejar trabajar —respondió Abel de mala gana.

En un hornillo la olla exprés silbaba a toda pastilla. El punto de ebullición del agua se encontraba a su máxima presión y el vapor salía a chorro por la válvula. La segunda remesa de agujas debía estar a punto de esterilizarse.

—He preparado agujas del tres, del cinco y del siete, como me dijiste.

Abel se puso unos guantes de vinilo —su piel era sensible al látex—, extendió un paño húmedo sobre la mesa y con sumo cuidado preparó las agujas esterilizadas. Cámara podía llegar a ser un auténtico manazas a la hora de soldar agujas, así que prefería revisarlas a conciencia antes de ponerse a trabajar.

—Ya hace tiempo me prometiste que ibas a comprar un autoclave.

—Cuando el negocio prospere, tío —se defendió Cámara.

—Este no es un método de esterilización responsable. Si algún día nos pillan, me expulsarán de la Universidad.

—¡Cuando haya pasta! No comiences a remugar como una abuela.

Abel preparó gasas, maquinillas de afeitarse, vaselina, los tubos desechables, el cicatrizante y un recipiente para diluir la tinta en agua y fusionar colores.

—¿Tampoco has comprado la cubeta de ultrasonidos?

Cámara, que sentía una fascinación especial por la manera en que Abel preparaba el instrumental —solo un cirujano de vocación sería tan minucioso—, se sentó en una esquina de la mesa y, dejando bien claro que no iba a seguir respondiendo preguntas, se le quedó mirando fijamente.

—Eres un puto conservador, Abel. Tratas de no parecerlo, pero sigues anclado en el legado de tus abuelos. Sigues métodos, normas, estás con el sistema. Te vendría bien dejar atrás ciertos prejuicios.

El muchacho inspeccionó la máquina de tatuar. No estaba muy limpia, aquello le puso de peor humor.

—No me líes, Luis —trató de defenderse Abel—. Quieres deformar el sentido común, como siempre. Los prejuicios no son más que juicios no comprobados y tú te empeñas en esquivarlos.

—¡Ves! ¡A eso precisamente me refiero! —Cámara saltó de la mesa y se situó detrás de Abel—. Mantienes una mentalidad demasiado estrecha.

—Te equivocas. Creo en los valores humanos por encima de cualquier concepción, eso no es conservadurismo, sino humanismo.

—¿Humanismo? ¿Conservadurismo? ¿Qué más da? La cuestión es en qué lado de la línea estás. El sistema es el que ha trazado la frontera, no nosotros.

Abel lanzó un largo bufido, odiaba aquellas conversaciones con Cámara. Un tipo sin responsabilidades, sin prisas, que tenía todo el tiempo del mundo para pensar pero que optaba por pensar lo justo. Un niño de papá que montaba fiestas *rave* en las casas desocupadas, pero el lunes optaba por regresar a su chalet en La Eliana. Muchos de los allí presentes vivían con fervor el estilo de vida de las rastas, de las flautas, del cannabis y del amor libre, a Abel le gustaba llamarlos Pies Negros, pero Cámara no era así. Cámara, en realidad, era Luis Cámara, hijo del máximo accionista de Aluminios Cámara, una de las empresas más prósperas del polígono de Quart, y todo aquel tinglado se traducía en un sobresueldo a la propina que papá le daba los fines de semana. Por eso le reventaba tanto discutir con él.

—¿Anarquismo? ¿Radicalismo? —continuó Abel con ironía mientras levantaba una ceja y lo miraba de soslayo—. ¿Qué más da? Lo importante siempre es dar la vuelta a la tortilla, ¿no? —Llegados a aquel punto en el que Cámara comenzaba a estar escaso de argumentos, Abel optaba por cambiar de tema. Al fin y al cabo, era el otro quien aflojaba la pasta y tampoco debía agobiarlo demasiado—. ¿Qué clientes tenemos hoy?

—La tía de la semana pasada se ha decidido y quiere que le hagas el tatuaje.

Abel afirmó con la cabeza, después apagó la olla exprés.

—Hay dos chavales más que quieren ver dibujos y que les orientes, y otro que quiere tatuarse un dragón en el brazo.

—Vale, solo atenderé a la chica.

—¡Tío, es una pasta!

—Estoy de exámenes, lo sabes muy bien. La semana que viene tengo un parcial de farmacología clínica. Glibenclamida, euglucon, acarbosa, troglitazone, insulino terapia, tratamiento hipocolesterolemizante, farmacovigilancia, terapia analgésica, ansiolíticos...

—¡Vale, vale! Para el carro. Tú ganas. Solo la tía. Ahora te la mando.

Abel respiró aliviado cuando Cámara lo dejó solo. Después echó un vistazo al instrumental preparado sobre la mesa y se sintió como el doctor Lecter a punto de servir a Clarice un trozo del lóbulo frontal del inspector Krendel. Resultaba muy frustrante ser médico y estar metido en la piel de un auténtico matasanos, y no porque la medicina moderna estuviera en contra de los tatuajes, en los últimos tiempos solo algunos anestesiólogos se negaban a poner la epidural cuando el tatú estaba entre la segunda y la tercera vértebra lumbar, pero con el material que le proporcionaba Cámara, era como practicar una vasectomía con un cuchillo de sierra. Sin embargo, necesitaba la pasta. Él no tenía un padre que le pasara el sobresueldo a final de mes, no iba a heredar una empresa que generaba millones en menos que se pronunciaba su nombre. Abel Barros pertenecía a la clase de tipos que se contentaban con hacer las paces con la vida por la noche y de los que cada mañana se levantaba rezando para que esta no le soltara un sopapo en cuanto le diera la espalda.

Comprobó que la fuente de alimentación funcionaba y conectó la máquina de tatuar y el pedal que la accionaba. Todo listo. Después aguardó a que llegara la chica.

Alicia Thai trabajaba de bailarina de *striptease*, solía actuar los sábados por la noche en los locales más sórdidos de la calle Rufaza, cerca de la Gran Vía. De tez cetrina y ojos rasgados, acaparaba una belleza asiática impropia de sus raíces, no en vano nació en el Barrio de la Fonteta. Abel, cuando la vio por primera vez la semana anterior, comprendió que el destino le había dado muy mala vida. Un rostro rígido, enmascarado por aceites y cremas que ocultaban las imperfecciones, de labios opulentos y cabello moreno que caía en cascada hasta la cintura. Casi estaba seguro de que no tenía más de veinticuatro años, aunque aparentara treinta. Hoy por hoy, debía ser una ventaja porque los dueños de los garitos se la subastarían para verla contonearse en sus escenarios, pero, probablemente, transcurridos diez años, ese prematuro envejecimiento la abocaría al declive.

Aquella noche se presentó con un top ceñido que dibujaba unos pechos redondos y bien puestos y una minifalda que a duras penas ocultaba un tanga de lencería fina. Alicia se sentó en la banqueta con el descaro de la que es consciente de que su cuerpo ya no tiene nada que esconder, escudada por esa falsa edad que le hacía parecer mayor. Los ciento ochenta centímetros que calzaba desde los talones hasta la cabeza ayudaban bastante a mantener la fachada de *femme fatale*.

Abel todavía no se explicaba qué hacía aquella mujer allí. Vestía de forma diferente a los Pies Negros, a su manera rezumaba estilo, limpieza, color, todo lo contrario que los moradores habituales de aquel tugurio.

Un tanto cohibido por la presencia de Alicia, comenzó a preparar el material en la bandeja. Ella miraba fijamente sus movimientos, sin importarle que ante sus ojos se desplegara un racimo de agujas que en muy poco tiempo taladraría su piel y provocaría una sensación de dolor en forma de vibración. Abel, en muchas ocasiones, se había enfrentado a clientes bastante nerviosos, acuciados por una constante secreción de adrenalina. La máquina solía provocar mareos e incluso desmayos. Sin embargo, ese dolor al que todos tanto temían solía pasar rápido, aplastado por un ejército de endorfinas generado por el mismo organismo. Pero Alicia personificaba la fortaleza, como si todo aquello no fuera con ella.

—No llevas un solo tatuaje en el cuerpo —le dijo la mujer con voz de esparto. Abel detectó que había bebido, lo cual no facilitaba el trabajo—. Eso no es buena señal. Alguien me dijo que fuera suspicaz con un tatuador no marcado.

Él se encogió de hombros.

—Yo no soy tatuador, soy médico.

O al menos lo sería muy pronto. Tan solo le quedaba un año para acabar la licenciatura. Pero eso no tenía por qué saberlo Alicia.

—¿Médico? ¿Eres médico? —Una vez más, la mujer se mostraba escéptica. La planta de Abel no reconfortaba demasiado. Delgado, fibroso, al contrario que muchos compañeros suyos de medicina, que buscaban envergadura en el gimnasio para transmitir mayor sensación de seguridad—. No lo pareces.

—Supongo que será cuestión de perspectivas.

—¿Y qué hace un médico tatuando?

Abel sonrió para sus adentros. ¿Cuántas veces se había hecho esa misma pregunta?

—Es una forma de ganarse la vida. Me gusta dibujar. Estuve un año en Bellas Artes, pero al final me aburrí y opté por la medicina.

—Un barco que se mece a la deriva. Mala señal. No me apetece que los indecisos marquen mi piel.

—No soy ningún indeciso —se defendió Abel—. Opté por la opción incorrecta y me costó rectificar. De todas formas, te guste o no, vas a tener que pasar por mis manos. No hay otro tatuador en la sala, así que si quieres llevarte un bonito recuerdo en la piel, no tienes más remedio que apegarse con lo que hay.

—Eres un puto *scratcher* —se quejó Alicia, pero al final se quitó la cazadora y le sirvió su precioso hombro derecho—. Lo quiero justo debajo de la clavícula, en el omóplato. ¿Algún problema?

—Ninguno.

Aunque la piel de Alicia estaba tan tersa como el vidrio, Abel aplicó la cuchilla a la zona tras limpiarla con desinfectante —lo prefería al alcohol, ya que este último apergaminaba la piel— y se armó con un rotulador indeleble.

—¿Sigues con la idea de las letras hebreas y el Sol? —le preguntó antes de empezar a dibujar.

—Claro que sí.

El tatuador posó su mano izquierda en el hombro de la chica para inmovilizarlo y se dispuso a dibujar. Antes de que pudiera hacer el primer trazo, Alicia se revolvió con el ceño fruncido.

—¿No vas a usar una muestra y papel de calco?

—Pensaba hacerlo a mano alzada —alegó Abel, dubitativo—, pero si lo prefieres...

Alicia lo miró fijamente con aquellos ojos acerados que hacían hervir corazones. Pese a la juventud del chico, creyó distinguir un poso de confianza que dejaba bien claro que sabía lo que se hacía. Aquella señal bastó para que la mujer volviera a relajarse y le permitiera trabajar.

Abel entonces se dejó llevar, siempre que tenía algo en la cabeza actuaba por instinto. Al principio su cerebro conducía la mano, tal como sucedía en las prácticas de medicina, cuando tenía que trabajar con el bisturí, pero cuando se trataba de dibujar, de dar sentido a las curvas y coherencia a las líneas, existía una voluntad mayor que acababa imponiéndose y su cerebro cedía el control. Sus profesores de Bellas Artes a menudo le

reprochaban aquel albedrío creativo. «El arte nace en el corazón, pero es la cabeza la que impone el orden —solían decirle—, que el cerebro guíe tu instinto y no al revés.» Pero Abel no podía resistirse a aquella epilepsia artística que le colapsaba las neuronas y provocaba que sus dedos se movieran merced a una fuerza impulsiva.

En ocasiones, se concentraba tanto que el mundo dejaba de fluir a su alrededor y todo se congelaba en un palpito en el que solo subsistían su mano y el dibujo. Las líneas imaginarias se estiraban sobre el lienzo y se retorcían o se enroscaban sobre sí mismas hasta delimitar la imagen que guardaba en su cabeza, entonces no tenía más que rellenar el camino que esa voluntad providencial trazaba para él. A Abel le resultaba sencillo. La parte más complicada consistía en visualizar el trabajo, no en realizarlo. Una vez con el rotulador en la mano, todo era coser y cantar, aunque el dibujo tuviera que esbozarse sobre un lienzo o sobre la propia piel.

—¿Por qué símbolos hebreos? —preguntó sin dejar de dibujar.

Alicia, que parecía sumida en un sueño, despertó al oírlo.

—El pueblo judío representa la paciencia, el tesón, la fuerza, la vida, la sabiduría, el misticismo. He estudiado durante mucho tiempo la cábala. Me encanta el rollo místico y espiritista. Además, admiro el movimiento sionista.

—¿De verdad?

—Nunca un pueblo ha luchado tanto por recuperar su patria.

A Abel le resultaron extrañas aquellas palabras en boca de una bailarina de *striptease*, no obstante, toda persona era libre de ostentar su propio credo.

—Antes del antisemitismo los judíos no lo llevaban tan mal. En la Edad Media amasaban grandes fortunas en sus guetos, incluso durante el siglo diecinueve fueron tachados de republicanos. Hay quién dice que durante el día de Pascua, raptaban y sacrificaban un bebé cristiano.

Alicia plantó los ojos una vez más en los suyos.

—¿Eres del OPUS?

Abel negó con la cabeza.

—¿Católico?

El muchacho tuvo que dejar de dibujar para lanzar una carcajada.

—No, claro que no.

—¿Entonces en qué crees?

Todavía con el rotulador en la mano, se quedó mirando el contorno del Sol y el primero de los símbolos hebreos que había empollado durante la noche anterior para grabarlo en la carne de la mujer. Cada vez que divagaba sobre sus creencias, se sentía arrastrado a un laberinto de dogmas, sentimientos y temores en el que acababa perdiendo el norte. Se le antojaba difícil mantener la fe cuando la misma fe le daba una y otra vez por saco.

—Si te soy sincero, me cuesta creer en algo. Como médico me aferro a las costumbres, a la experiencia y a los mecanismos tangibles, pero hay veces que... hay veces que necesito algo más.

—Eres agnóstico —dijo ella sonriente—. La verdad es que no pegas nada con este rollo.

—Ya te dije que estaba aquí por dinero, no por la música estridente —respondió Abel mientras entrecerraba los párpados en un gesto de desagrado por el retumbe que llegaba del otro lado—. Necesito pagarme los estudios.

—Siendo un *scratcher* —le recordó ella—. Bueno, tampoco pongas esa cara, todos tenemos que prostituirnos alguna vez.

Abel, que comenzaba a sentirse incómodo con la conversación, optó por cambiar de tema.

—Tú tampoco te pareces a la gente que campa por aquí.

—No, soy la novia del tío que está en el escenario.

—¿De cráneo rojo?

Ella se encogió de hombros, con resignación.

—Qué le vamos a hacer. No comparto sus gustos musicales, pero en el fondo no es mal tipo. Al menos los lunes, martes, jueves y viernes. Los miércoles se tira a la fulana del violín, cuando estoy trabajando en los garitos, entonces ya no es tan bueno. Lo prefiero a él que al baboso que me llena el tanga de billetes de diez o al chulo que me los quita. Por lo demás, no dejo que otro me baje las bragas, solo él, aunque parezca mentira. ¿Me crees?

—¿Y por qué no tendría que creerte?

—No sé... —Alicia agachó la cabeza—. Pareces de los típicos que callan pero por dentro otorgan.

Abel dejó de pintar una vez más y se quedó muy quieto.

—¿Eso parezco?

—Todavía tienes acento del norte. Y ya se sabe lo que se dice de los gallegos, que si nunca se sabe si suben o bajan. En cambio, en Valencia, nos pierde la boquita, a veces demasiado. Perdona si te he faltado.

—No me has faltado —mintió Abel, volviendo a enfrascarse en su trabajo. El tercer y último signo judío tomaba forma en el interior del Sol.

—Si quieres luego puedo invitarte a una copa —dijo ella, presa de un repentino interés—. Así podría contarte cómo una psicóloga de carrera ha acabado despelotándose en bares de mala muerte.

—Creo que no.

—¿Otra vez ese ataque moralista?

—No. —Abel sonrió al concluir el trabajo; el dibujo se ajustaba a la imagen que tenía en la cabeza. Eso lo llenaba de satisfacción—. Más bien no me gusta flirtear con

mujeres cuyos novios tienen la cabeza pintada de rojo. Además, no te lo tomes a mal, pero cuando acabe contigo me largo a hincar los codos.

Ella no insistió más, y en cuanto Abel plantó el espejo de mano ante el dibujo bosquejado en su hombro, el rostro se le iluminó. Era una reacción que el aspirante a médico había visto más de una vez. De la incredulidad al pasmo, del escepticismo a la fascinación absoluta. Sus dibujos transmitían vida, sensaciones, vibraciones que atraían las miradas de los demás. Como si hubiera un mensaje subliminal entre las líneas del rotulador que hipnotizaba al espectador.

—Eres muy bueno —admitió ella—, rematadamente bueno, chico silencioso. Creo que al final me va gustando la idea de quedar marcada por ti.

Abel se tomó aquel halago con profesionalidad y recitó, casi como el juramento hipocrático, las advertencias que debía saber todo hijo de vecino que se expusiera a un tatuaje. Que si el dibujo era para toda la vida y uno debía estar muy seguro antes de que la máquina empezara a trabajar, que si debía mantenerse relajada, que la molestia inicial pasaría pronto, que si las agujas de perfilar dolían más que las de rellenar. Mientras usaba el tono monocorde que empleaba para dar diagnósticos, iba preparando los racimos de aguja en la máquina y diluyendo las pinturas en agua. La experiencia en artes gráficas le había enseñado a trabajar los colores, a cocinar sus propias tintas. La piel humana no era un papel en blanco, así que Abel procuraba mezclar los tintes para que los pigmentos ofrecieran una solidez más metálica, un degradado más vivo. A menudo diluía en agua morado y rojo que, en contacto con la carne, realzaba el matiz del gris. Además, aplicaba vaselina para aumentar el brillo de los pigmentos.

Alicia permanecía inmóvil en la banqueta, conteniendo el aliento. Abel llegó a sentirse orgulloso de ella. Pocas personas mantenían el aplomo en aquella última fase, cuando contemplaban el desfile de agujas y eran conscientes de que estaban a punto de exponerse al dolor. La bailarina de *striptease*, en cambio, mantenía los nervios templados, a pesar de que comenzaba a sudar.

—No deberías haber bebido, ¿lo sabes? —indicó Abel—. Me pones el trabajo más difícil. El alcohol diluye la sangre y provoca un sangrado excesivo al introducir el pigmento. —A Alicia no pareció importarle demasiado aquel tema. Eso era problema de Abel, no de ella—. Espero al menos que hayas comido algo.

—No te preocupes. No me voy a desmayar en tus brazos —respondió la muchacha. Después levantó la mano derecha y mostró la Estrella de David que llevaba tatuada en la cara interna de la muñeca—. Este sí que dolió un huevo.

—Vale, como quieras.

Abel preparó en la máquina la aguja del tres, perfecta para tirar la línea, y puso en marcha la fuente de alimentación de quince voltios. Un sonido cimbreado llenó la estancia, como la resonancia del torno de un dentista, una cacofonía repetitiva que quedó adherida al aire y electrizó el vello de los brazos de Alicia. Abel llegó a ver su vientre plano

encogiéndose. Aquel sonido metálico solía ser el preámbulo del dolor y la mayoría de los clientes manifestaban su ansiedad justo en esos instantes.

Abel, con la máquina de tatuar en la mano, se sentó detrás de la banqueta de Alicia y se deleitó con el perlado de sudor que empapaba la espalda. Instintivamente, puso la mano en su columna vertebral y la acarició con mucho cariño. Sabía que el contacto podía disipar parte de la tensión.

—Tranquila, pasará rápido.

Tras aquel aviso, pisó el pedal y las agujas comenzaron a atravesar la carne, derramando la tinta en el vivo tapiz que recreaba su cuerpo.

Fue un trabajo redondo, de una exquisitez propia del artista que lleva décadas tatuando cuerpos. Mientras Abel limpiaba el hombro de Alicia con agua y jabón, disfrutaba contemplando el dibujo que, a partir de esa noche, vestiría el hombro de la bailarina, una firma que acreditaba la destreza del ilustrador gallego. Muchas mujeres, al contrario que los hombres, se tatuaban para decorar su cuerpo, ocultando el trabajo final bajo la correa del reloj o por la tela del vestido. Alicia, en cambio, exhibiría la firma de Abel en pasarelas, barras de bar y escenarios, atrayendo la atención de decenas de pares de ojos. Eso enaltecía el ego del autor. Quizás fuera una obra anónima para el resto del mundo, pero para Alicia era un símbolo, una enseña que la identificaba ante la sociedad. Y, de un modo u otro, Abel había sido el artífice de aquella obra, por lo que una parte de sí mismo siempre iría con ella. Aquella idea le resultaba romántica y tierna a la vez.

Casi le dio pena tatarla con gasas, pero no podía permitir que las heridas se infectaran. Le aconsejó que se quitara la venda pasada una hora y media, el empleo de una crema hidratante dos o tres veces al día y que se tomara las cosas con calma. Cámara se encargaría de cobrarle los noventa euros que valía el tatuaje.

—Prefiero pagártelo a ti. No me fio de ese.

—Él es el jefe —contestó Abel, con la mochila al hombro. Había saneado el banco de trabajo y mandado las agujas y los tubos vacíos al infierno de las agujas. Tampoco se fiaba de Cámara un pelo, lo veía capaz de esterilizarlas de nuevo—. Ya me pagará el servicio.

Alicia lucía preciosa en el centro de la estancia, incluso después de pasar casi una hora sujeta al potro de torturas. El sudor provocaba que su cuerpo irradiara luz, que su piel bosquejada con claroscuros atrajera la mirada de cualquier mortal.

—Oye, Abel —le llamó antes de que pudiera salir de la estancia—, puedes venir a verme cualquier noche al Halliwell, en la calle Cádiz, bailaré solo para ti. Pero que sea miércoles, es el día que me siento más permisiva.

Mientras atravesaba la calle de la Reina, camino del Cabañal y de Blasco Ibáñez, Abel divagaba sobre las sensaciones que le embargaron durante su conversación con Alicia. La bailarina de *striptease* había destapado la Caja de Pandora y de ella habían surgido un montón de temores que ensombrecían buena parte de su pasado. ¿De verdad ofrecía una estampa tan cauta? ¿Le había llevado la búsqueda de una identidad a un punto sin retorno? Kafka dijo una vez que cuando todo parece terminar siempre surgen nuevas posibilidades, pero Abel estaba tan ciego que era incapaz de verlas. En un momento dado, se sintió obligado a romper con todo lo que tenía en casa y recorrer mil kilómetros para concederse una tregua, para encontrar un soplo de aire fresco que le permitiera superar la desaparición de su madre. El paisaje de Valencia, al principio, se le antojó vasto, un tapiz policromado que se mecía entre el modernismo más vanguardista, la anécdota y la tradición. El lugar perfecto donde comenzar una nueva vida.

Por supuesto, Valencia era muy diferente a La Coruña. El Mediterráneo caldeaba la costa levantina, mientras el Atlántico enfriaba las rías de los ártabros. Por desgracia, muy pronto, Abel comenzó a experimentar los mismos síntomas que le llevaron a emigrar de su Coruña natal. La ciudad se empequeñecía día tras día, volviéndose más habitable y menos inhóspita. Y Abel, que todavía padecía la claustrofobia que nacía en las calles alumbradas por la Torre de Hércules, se sentía más agobiado por esa sensación de embudo.

Mientras atravesaba los jardines de Blasco Ibáñez, rumbo a los edificios colindantes con la plaza Honduras, quedaba deslumbrado por los fogonazos de los coches que subían y bajaban en busca de los garitos. A su alrededor, el mundo fluía con viveza; él, en cambio, seguía anclado a un instante muy determinado de su vida, el momento en que su madre acabó consumida por el cáncer y su padre optó por capitular ante una enfermedad que trascendía a lo físico. Abel tuvo que asistir a la lenta degradación de su madre en una habitación del Hospital de Santa Teresa y a la de su padre en una butaca frente a la tele, con una botella de Jack Daniel's pegada a la mano. Ninguno de los dos pudo superar el cáncer de pulmón que se la llevó al otro barrio. En parte, ver a su madre consumida, sin apetito, sin aliento, presa de bronquitis y neumonías, con la piel amarillenta y los ojos barridos por la ictericia, lo llevó a replantearse muchas cosas. Cuando buscó el apoyo de la única persona que le quedaba, lo único que encontró fue una pared impermeable en la que las palabras y las miradas resbalaban.

Acabó dejando Bellas Artes, se alejó de sus amistades y comenzó a deambular por el mundo en vez de a vivirlo; al cabo de unos meses veía a su padre y comenzaba a preguntarse si ese sería su futuro. Aquella posibilidad le aterró hasta tal punto que cerró las pocas puertas que le quedaban en La Coruña y se embarcó en una huida demencial hacia Valencia. Ahora su vida no es que hubiera mejorado mucho, seguía sin un duro, se las veía putas para llegar a fin de mes y compartía piso con dos compañeras alocadas que solo pensaban en salir de fiesta. Aunque no se lo decían directamente, sabía que le llamaban Jean Valjean, por aquello de Los Miserables. Abel deseaba que su vida cambiara, que tomara un

nuevo rumbo, que en la próxima estación el tren girase a la izquierda, en vez de a la derecha, pues estaba seguro de que si todo seguía igual, Valjean acabaría bajando los brazos y se entregaría a Javert sin exonerar su culpa.

Al llegar a casa estaba tan reventado que ni siquiera se tomó la molestia de encender las luces. Arrojó la mochila sobre el sofá de la salita y se dirigió en penumbras a su dormitorio. Había decidido dejar los estudios para la mañana siguiente, cuando su mente no estuviera tan atrofiada. En cuanto traspasó el umbral de la habitación, supo que Patri estaba en su cama, con la tele puesta. Abel odiaba que se tomara aquellas libertades, pero su compañera de piso, la rubia con pinta de niña traviesa, encontraba un placer especial violando la intimidad de los demás. Otra razón por la que Patri prefería su cama era que todavía no tenía ahorros suficientes para comprarse una tele.

Abel dejó escapar un «hola» eximido de fuerzas y se tumbó junto a ella. La muchacha se dedicaba a pasar los canales con el mando a distancia, sin ver nada en concreto. Supuso que no emitían ninguna película lo suficientemente picante como para llamar su atención.

—Espero que no te moleste, pero me aburría en mi cuarto —dijo Patricia con aquella voz impertinente que solía ser la alegría de la casa.

—Tenía la esperanza de que hubieras salido con Lore —susurró Abel, cerrando los ojos y tratando de olvidarse de los malos rollos.

Lore, la morena intelectual, era el nexo entre Abel y Patri. Durante un tiempo, Abel estuvo colado por Lore, y Patri, la mejor amiga de Lore, fue su confidente secreto. Al final Lore se decantó por Rafa, el mejor colega de Abel en la Universidad. Abel no le guardaba rencor a Rafa, todo lo contrario, en parte era consciente de que fue su propia indecisión lo que empujó a Lore a los brazos de su amigo. Por suerte, todo aquel enredo había provocado un par de consecuencias positivas: ahora los cuatro compartían una amistad inquebrantable y Patri veía a Abel como su hermano mayor. Aunque ser el hermano mayor de Patri, a veces, podía llegar a ser muy complicado.

—La muy capulla se ha ido con Rafa —dijo con tono resentido—, me ha dejado más tirada que una colilla. Zorra.

—Es su novio —le recordó Abel—. Yo también preferiría pasar el sábado por la noche con mi novia en vez de con una compañera de cuarto.

—Tengo entradas para la Indiana. ¡Para la Indiana, Abel! Donde van los jugadores del Valencia. ¿Sabes lo que puede llegar a costar conseguir un par de pases VIP para la Indiana? —Patricia se quedó mirando fijamente a Abel. Sus ojillos esmeralda relucían indignados, como si el mundo entero conspirase en su contra—. ¿Qué es más importante para Lore: su novio o mi futuro?

—¿Tu futuro? —inquirió Abel casi con miedo.

—Claro que sí, mi futuro. ¿Quién te dice que esta noche no hubiera podido ser mi gran noche? Imagínate que conozco a un jugador de fútbol: un baile, una cena romántica,

un paseo por la Alameda en un Porsche y luego... el retiro soñado. Adiós a los libros, adiós a los profesores pedantes, adiós a un destino encarcelado en un hospital lleno de sifilíticos y críos inocentes que se desangran en los quirófanos. Hola a Versace, hola a Chanel, hola a Gucci, hola a Prada, hola a Victoria Beckham. Me haría modelo para desfilas en Cibeles...

—Eres demasiado buena persona para desfilas en Cibeles.

—¿Demasiado buena persona? —Patri se lo pensó un poco—. Bah... da igual, ya me haría mala. La fama y el dinero te llevan rápidamente al lado oscuro. ¿Al final sabes dónde han acabado las entradas? ¡En la basura! Me podías haber acompañado tú.

—Claro, para que me dejes tirado por un jugador de fútbol. Solo me faltaba eso.

—Soy tu amiga —replicó ella, volviéndose a acomodar en la cama y cambiando los canales de televisión con el mando a distancia—. Los amigos se sacrifican unos por otros. A ver si un día te decides y dejas que te acompañe a ese garito donde curras haciendo tatuajes.

—Ahí sí que no pegas ni con cola.

—¡Oye, a ver si solo voy a pegar en el pasillo de urgencias! Que una tiene su orgullo.

Abel le propinó un codazo para que se callara.

—¿Sabes? —continuó él—. Esta noche he conocido a una bailarina de *striptease* y se me ha insinuado.

Patricia abrió la boca de par en par, se olvidó de la tele y se sentó en la cama de medio lado.

—¡Estás de coña, Vanyán!

Obviamente, Patri nunca había leído *Los miserables* y solo tocaba de oídas.

—No, para nada. Se hizo un tatuaje en el hombro, hablamos sobre filosofía y luego se me insinuó. Dijo que fuera un día al local donde baila y se quita la ropa.

—¿Y cuándo vamos a ir?

—Nunca. No estoy interesado en ella.

—¿Ni para un polvo?

—¡Cállate, coño! El caso es que me hizo pensar mucho. Tal vez me esté agobiando con lo que tengo frente a mis narices y se me escape todo lo que pasa por el rabillo del ojo. ¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que dejamos de ver si solo miramos hacia el frente? Quizás lo bueno esté justo a nuestro lado.

—Sí, como la bailarina de *striptease* —respondió Patri enfurruñada, volviendo a centrar su atención en la televisión.

—Una vez me moló Lore y dejé que Rafa se me adelantara. Entonces acababa de llegar a Valencia y estaba demasiado obsesionado con mi padre. Pero ahora... ahora parece que todo mi tiempo se concentra en estudiar y en terminar la Facultad. Y el día de mañana nos espera una jornada laboral de más de sesenta horas y una vida social asquerosa.

—No me lo recuerdes... —gimoteó Patricia—. Nuestra existencia es patética.

—Tendríamos que pensar menos en los exámenes y disfrutar un poco más de la vida.

—¿Qué vida? —replicó la muchacha, volviéndose a remover incómoda en la cama. En la tele daban el telediario de la madrugada, pero Patri le había quitado el volumen, por lo que la habitación entera se vestía con un resplandor fantasmagórico—. De lunes a viernes clase, los sábados prácticas y los domingos estudiar. Lore y Rafa tienen sus momentos, pillaron el tren a tiempo y disfrutaron el poco tiempo que queda entre examen y examen. Nosotros tenemos un cagarro y conforme transcurran los años ni eso. Apechuga con lo que hay, a ver si así le sacas un poco más de jugo a la vida.

Patricia podía ser una atolondrada, pero en el fondo no se le daba mal aquello de ver el momento con sentido práctico, quizás por eso Abel había trabado tan buena amistad con ella. Transmitía un contrapunto interesante al que recurrir cuando las cosas se torcían.

—Por cierto, se me olvidaba... —Patricia se agachó y sacó una carta de debajo de la cama. Obviamente, después de pasar por sus manos, estaba abierta. Con Patri rondando por casa la palabra intimidad se convertía en una utopía—. Llegó este certificado para ti esta mañana.

Abel echó un vistazo al sobre y comprobó que el remitente era un tal Augusto Sangüeño, editor jefe del dominical de Las Provincias. Las pulsaciones se le aceleraron. Patri, al otro lado de la cama, esbozaba una sonrisa de diablilla revoltosa mientras lo miraba por encima del hombro; sabía perfectamente que aquella carta era muy importante para él. Abel, casi temblando, sacó un papel doblado, encendió la lamparilla de la mesita de noche y leyó con atención el texto mecanografiado con una pulcritud periodística:

Estimado Sr. Barros:

Hemos revisado con mucha atención la solicitud de colaboración que nos remitió hace unas semanas y las muestras que la acompañaban. Debo felicitarle por su excelente labor. Sus ilustraciones han gustado mucho en la redacción. Estaríamos encantados de que colaborara con nosotros en la sección «Dame una mirada» de nuestro dominical. Como sabrá, en ese espacio publicamos los cuentos que semanalmente nos envían nuestros lectores. Nuestras tarifas son de ciento cincuenta euros la ilustración y exigimos a nuestros colaboradores tres ilustraciones por texto. Si las tarifas se ajustan a sus pretensiones, póngase en contacto conmigo a través del teléfono que aparece en el membrete en horario de oficina. Mientras se decide, le remito un texto aprobado por nuestro comité de seleccionadores, saldría dentro de cuatro fines de semana y sería su primer trabajo. Léalo con atención porque ya hemos publicado diversos trabajos a su autor con muy buena acogida entre nuestros lectores. Pienso que sus ilustraciones, imaginativas y atrevidas, se ajustarían muy bien al trasfondo de los cuentos de este escritor.

*Reiterarle mi enhorabuena por su trabajo y darle la bienvenida a la
plantilla de Las Provincias.*

*Augusto Sangüeño
Editor jefe*

Abel se quedó paralizado durante unos instantes, sin saber qué decir o qué hacer. Era la primera vez que alguien se tomaba en serio su trabajo, que alguien mostraba auténtico respeto por los dibujos que nacían en su cabeza. Hasta ahora, solo Cámara había demostrado cierto interés —Cámara y la mayoría de los clientes que pasaron por sus manos—, pero, en cualquier caso, le movía más la avaricia del euro que un verdadero aprecio por su obra. Patri tuvo que asestarle un puntapié en la espinilla para que reaccionara. Estaba pálido y la hoja temblaba en sus dedos. Le costó un mundo salir de aquel estado catatónico.

—¡Lo has conseguido! ¡Van a publicar tus dibujos! —exclamó Patricia encantada. Se abrazó a él, estrujando su diminuto cuerpo contra el suyo—. ¡Mira que te lo he dicho veces! ¡Eres muy bueno! ¡Tienes que seguir dibujando! ¡Lo ves! ¡Lo ves! ¡Ya te lo decía yo!

Pero la mente del muchacho seguía a años luz de allí, invadida por una sensación de incredulidad absoluta. Como un autómata cogió el sobre, lo abrió y sacó las dos páginas que contenían el cuento del misterioso autor que Augusto Sangüeño mencionaba en su carta.

Legado de escritores, por Secreto.

—Yo ya lo he leído y no es para tanto —dijo Patri con desprecio—. Ese tal Secreto escribe como el culo. Yo de ti llamaría a la editorial y que te mandaran otro. El tío no está a tu altura.

Sin embargo, los ojos de Abel seguían fijos en el seudónimo del autor: Secreto. Había algo en aquella palabra que le producía una profunda inquietud.

ZERO – Trescientos quince

La tarde envejecía. Su semblante se diluía tras una amalgama de tintes grises que venían del mar. Muy pronto el cielo mostraría una fachada plomiza, lluviosa, como solía suceder durante las primeras noches de septiembre. En Valencia las semanas después de las vacaciones siempre eran pregoneras de lluvias, de aguaceros que comenzaban a media tarde y solo se disipaban tras la madrugada, como si el bochorno acumulado durante el día se rebelara y vomitara su rabioso genio en una cortina de agua. Magda aprovechaba la sobremesa de los viernes para bajar al mercado y hacer la compra. Su marido solía recibir a los pacientes después de comer, con la última taza de café en los labios. Se encerraba en su despacho, cargado con las carpetas de los casos clínicos que iba a atender, y se dedicaba a estudiarlos antes de que comenzara a sonar el timbre y el desfile de clientes se prolongara hasta última hora de la tarde.

Magda se sentía un tanto incómoda cada vez que se cruzaba con alguna de aquellas personas. Sus rostros destilaban palidez, tristeza, dejadez, sin importar que fueran hombres o mujeres, su edad o su estatus social. Recurrían a Rodolfo en un último intento de reengancharse a la vida, a veces enviados por Juanjo, el psiquiatra de la seguridad social que tan buena amistad había trabado con Rodolfo, otras veces pidiendo cita a sabiendas de la buena reputación que tenía su marido. Rodolfo llevaba ejerciendo psicología clínica desde hacía más de treinta y cinco años, por las mañanas para la seguridad social y los jueves y viernes por la tarde en su consulta privada. Las paredes de caoba de su despacho estaban forradas de diplomas, acreditaciones de seminarios, títulos de cursos, fotos de congresos y menciones especiales de medios de comunicación locales y nacionales. Hubo un tiempo en el que Rodolfo llegó a tratar al Secretario Autonómico de Cultura en varias sesiones de psicoterapia antiestrés; todo muy privado por supuesto, los domingos por la mañana, a primera hora, por lo que su reputación subió como la espuma y su nombre sonó entre los principales gabinetes de psicología de la Comunidad Valenciana. Pero Rodolfo, a sus cincuenta y dos años, era demasiado liberal para entrar a formar parte de ningún emporio privado, se había ganado fama de viejo zorro en el oficio, un rebelde que acataba las normas pero que solía aplicarlas a su manera; así que siguió adelante con su vida independiente, cobrando la nómina del estado y recibiendo a sus pacientes particulares de cuatro a nueve, invariablemente todos los jueves y viernes en su despacho de la Plaza Doctor Landete, muy cerca del Mercado de Ruzafa.

Aquella tarde de septiembre, Magda regresó a casa antes de lo previsto, sobre las ocho y media. Media hora antes de que Rodolfo pusiera fin a sus sesiones. El ambiente olía a ozono, a humedad, por lo que Magda supuso que la tormenta no tardaría demasiado en desatarse. Zacarías, el portero que se encargaba de abrir la puerta a los vecinos con aquel deje zalamero que dejaba bien claro cuál era su posición social en la finca, todavía se

encontraba de vacaciones, así que la mujer dudó entre rebuscar las llaves en las bolsas de la compra o llamar al timbre de casa. A Rodolfo le sacaba de sus casillas que le interrumpieran en las sesiones y Magda lo comprendía perfectamente; lo que menos necesitaba una jovencita sumida en una crisis existencial era escuchar a la mujer de su psicólogo preguntando si prefería judías verdes o pescado para la cena. Magda, al final, optó por la opción de las llaves. Ya se disponía a vaciar las bolsas cuando la puerta del patio se abrió y un tipo parapetado tras una gabardina larga y sombrero de fieltro le permitió pasar. Magda agradeció el gesto, pero en cuanto fijó la mirada en él quedó atrapada por una sensación incómoda. Una conmoción semejante a la que experimentaba cuando se cruzaba en el pasillo con uno de los pacientes de su marido. Cuando trató de identificar al hombre que se resguardaba bajo el sombrero, este bajó un poco más el ala con un movimiento precipitado. Magda tuvo la impresión de encontrarse ante una foto de los años cincuenta, en la que los atuendos eran amplios y extravagantes, calurosos para aquella época del año. Se quedó sin aire en mitad del umbral, con los brazos tensos por el peso excesivo de las bolsas, presa de un estremecimiento repugnante que la hacía sentirse fuera de lugar.

El hombre se impacientó. Articuló un extraño rumor que sonó gutural e incitó a la mujer a que continuara. Magda no se lo pensó dos veces. Agarró con más fuerza los paquetes y aceleró el paso. El ruido de la puerta de hierro al cerrarse creó ecos quejumbrosos en el patio. Mientras subía en el ascensor, no pudo quitarse de la cabeza a aquel tipo. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? ¿Quién le había dejado entrar? Preguntas que en cualquier otro caso nunca se le habrían pasado por la cabeza, en presencia de aquel individuo a floraban con total espontaneidad. Por desgracia, en la finca, el despacho de su marido no era la única firma privada que abría su puerta al cliente ocasional. En el primero estaba la consulta de don Gregorio, el dentista, en el cuarto una compañía de diseño de proyectos de electrificación y canalizaciones, en el octavo una empresa de trabajo temporal por la que pasaban al día más de sesenta personas; ante semejante panorama, resultaba imposible saber con certeza qué razones podían llevar a aquel tipo a una finca tan respetable.

Magda se quedó otra vez paralizada en cuanto traspasó la puerta de entrada de su casa y se encontró frente a la reproducción del Calibán de Franz Marc. Rodolfo tenía la teoría de que el personaje de la obra de Shakespeare representaba la parte instintiva del individuo. Siguiendo la teoría del psicoanalista Octave Mannoni, el ser irracional estaba necesitado de una voluntad mayor que lo sometiera; Rodolfo, consciente de ello, enfrentaba a sus pacientes con uno de los peores males que ensombrecían sus fobias: la sensación de rendición, de dominio a la que estaba sujeta el alma. A Magda, en cambio, aquel cuadro le causaba repulsión. Cuando en sus años universitarios leyó *La Tempestad*, lo único que llegó a extraer de aquel ser amorfo se resumía en que era el bastardo de una bruja y que intentó violar a la hija de Próspero mientras este no lo mantuvo sujeto con la correa.

Magda le suplicaba a Rodolfo que se deshiciera de aquel cuadro, pero el psicólogo argumentaba que había pagado seiscientos euros por la reproducción y no estaba dispuesto a revenderla por las buenas y mucho menos a arrojarla al cubo de la basura. Tenía un hondo significado para él. Magda, en aquel instante, ante el largo pasillo enmoquetado que recorría la casa, fue incapaz de apartar los ojos del óleo mientras en su cabeza seguía sonando el silbido expectorado por el extraño al dejarla pasar. Había sido tan repulsivo que todavía se estremecía al recordarlo. Sujetó con más fuerza las bolsas y recorrió el pasillo. La sala de espera estaba vacía, con un par de revistas desperdigadas por la mesita de vidrio. Magda juntó la puerta y continuó andando. A su alrededor se exponían cuadros de Ensor, de Munch y de Van Gogh. Su marido era un fetichista del expresionismo.

«Las emociones imperan sobre el contenido, el fondo sobre la superficie, uno nunca puede quedarse con la primera impresión, sino que debe ahondar para desenterrar el cianuro que corrompe el mundo», esas solían ser palabras que Rodolfo empleaba con frecuencia.

Cuando Magda pasó junto al despacho de su marido, aminoró el paso y trató de escuchar algo. La puerta de sapelli estaba cerrada y el vidrio mate tan solo insinuaba siluetas borrosas. Magda, que no era muy dada a poner la oreja, dejó las bolsas en el suelo y prestó atención. Solo captó silencio. Una quietud penetrante ante la que su respiración redujo el volumen. La primera intención que tuvo fue la de echar mano del pomo y entrar en la habitación. En ocasiones Rodolfo acababa pronto y se enfrascaba en el estudio de sus libros de psicoanálisis, pero otras veces aquel silencio correspondía a ejercicios respiratorios, a sesiones en las que Rodolfo trataba de enseñar a sus pacientes terapias de relajación. Tras pensárselo dos veces cambió de idea. Recogió las bolsas del suelo y caminó hasta la cocina en completo silencio.

Se aseguró de cerrar la puerta, puso la radio en marcha y comenzó a guardar la compra en la nevera. Aquella parte del edificio daba a la calle General Prim, por lo que el trasiego que predominaba en Consulado del Mar y la Plaza Doctor Landete no resultaba tan agobiante. A través del respiradero que daba al tragaluz se escuchaba el sonido de las gotas al estrellarse contra el cristal. La lluvia caía y la casa se veía envuelta por ese vahído nostálgico que traía consigo los días de tormenta. En la radio sonaba una añeja canción de Leo Marini, una voz aterciopelada que caldeó un poco más el ambiente. Magda terminó de guardar la compra, miró el reloj de pared —las nueve menos cuarto— y se asomó a través del respiradero. El aguacero crecía, una cascada insaciable que devoraba las fachadas de los edificios. Le resultó extraño que la casa siguiera tan silenciosa. A aquellas alturas de la tarde, Rodolfo ya solía haber despachado a sus clientes y compaginaba sus estudios con la métrica beligerante del violín de Emmanuel Pahud o la furia que desprendían las composiciones de Bach y Vivaldi.

Magda, precavida, volvió a salir al pasillo y se quedó paralizada. La luz que emanaba de la cocina no era más que un simple arañazo que a duras penas lograba atenuar la penumbra. El despacho de Rodolfo seguía envuelto en sombras, silencioso como una

gruta inexplorada. Algo más preocupada, avanzó por el corredor. Las miradas perturbadoras de los cuadros de Rodolfo la perseguían desde las paredes. ¡Cuánto odiaba aquellos óleos! ¡Ojalá Rodolfo se deshiciera de ellos!

Se detuvo ante la habitación, con el picaporte en la mano y los ojos convertidos en dos rendijas que trataban de traspasar el vidrio. Sí, se distinguía una luz. El destello de la lamparilla de sobremesa, apenas un haz entre un amasijo de tinieblas. Magda suspiró aliviada al comprobar que todo estaba en orden. Optó por regresar a la cocina y dejar a Rodolfo tranquilo con sus asuntos, pero a medio camino recordó al extraño con el que se había cruzado en la entrada del edificio y tuvo la necesidad urgente de contárselo todo. ¡Al diablo si se enfadaba con ella!

Llamó una vez a la puerta, con cierta timidez. Nadie le respondió. Un arrebato repentino descendió por su pecho y se aferró a sus tripas. Magda volvió a llamar. De nuevo solo recibió la respuesta del silencio. Sabía que en ocasiones especiales, Rodolfo solía echar el pestillo —como en las sesiones con el Secretario de Cultura—, pero le bastó empujar un poco para comprobar que la hoja se entreabría. A aquellas alturas, el estómago de Magda estaba un poco revuelto. No se lo pensó dos veces y empujó con resolución. Casi al instante una exhalación de podredumbre escapó de la habitación. Magda retrocedió espantada, como si le acabaran de asestar un puñetazo en el vientre. La estancia seguía en el escrupuloso orden que dictaba la vida cuadrículada de Rodolfo. La mesa de formica con las carpetas amontonadas, uno de los dossiers abierto por una página al azar, con párrafos redactados a mano. La jarra de agua medio vacía; Rodolfo sazónaba las tardes laborales con café y agua. Las estanterías repletas de libros perfectamente colocados. Monografías, manuales, informes, guías, directorios, diccionarios, actas, legislaciones, revistas... todo el material ordenado con una rigidez metódica, casi maniática. En las paredes el expresionismo llevado a su máximo exponente, Ernst, Klee, Miró, Gorky o Hoffmann, un delirio abstracto que atrapaba en cuanto se sobrepasaba el umbral. La lluvia sacudía con encono los ventanales que daban a la plaza Doctor Landete, diseminando por la estancia un rítmico golpeteo que se le clavó a Magda en los tímpanos.

Y al fondo del despacho el cuerpo de Rodolfo, colgado de la pared por varias ristas de clavos de hierro que atravesaban sus extremidades. Un trofeo amorfo despojado de la camisa de seda y de los pantalones de pinza, sin ropa interior y los muslos manchados de orín. Desprendía un olor intenso a deposiciones que echaba de espaldas, como si le hubieran arrancado a mordiscos la dignidad y el decoro hasta convertirlo en una masa informe. Sus músculos se retorcían como alambres, con los brazos en cruz y las piernas fundidas en un único apéndice. La sangre goteaba de los clavos, negra herrumbre que caía por la pared y formaba coágulos espesos, charcos en donde flotaban trozos de piel y clavos retorcidos. El trabajo se había abordado con una minuciosidad demencial. Las manos y los pies de Rodolfo estaban ensartados por escarpas que se encastraban en la pared de hormigón, abriendo grietas minúsculas que se diseminaban en una gran telaraña. El verdugo se había

asegurado de atravesar las muñecas y las articulaciones para que los clavos no se salieran de sus palmas por el peso.

Magda cayó de rodillas, desgarrada por la locura...

Rodolfo yacía con la cabeza rendida sobre el pecho, con el cabello pegado a la frente. Su torso brillaba por un abanico de sudor sanguinolento. Un último clavo atravesaba su corazón de parte a parte, una estaca macabra que desgarraba las costillas hasta succionar la espina dorsal.

La mujer se clavó los dedos en el pecho, tratando de aliviar la presión que estrujaba su corazón. Junto al cuerpo reconoció unas manchas indefinidas. Borriones que, al principio, se le antojaron salpicaduras de sangre, pero que al final tomaron forma con una escabrosa claridad.

los kiero...o...

los kiero...o...o...o...

¿dONde estAn los nOcturnOOOs?

Las letras resbalaban por la pared, arrastradas por la inercia. Solo entonces, Magda vio el rostro de Rodolfo, encajonado entre sombras. Al principio se le antojó ridículamente absurdo, pero al caminar al interior de la estancia tuvo mejor perspectiva. Rodolfo sonreía. Pese al terrible calvario al que le habían sometido, Rodolfo esbozaba una sonrisa que le llenaba el rostro. Magda, como en una pesadilla, se aproximó un poco más al cadáver y se quedó sin aire al verlo de cerca. No se trataba de una sonrisa natural. Rodolfo muy pocas veces mostraba abiertamente su humor. Alguien le había mutilado. Su boca esbozaba una mueca enorme, dentada, llena de estrías sonrosadas que le otorgaban una expresión bufonesca. Le habían cortado los labios y, a golpe de cuchillo, agrandado la sonrisa hasta convertirla en una fosa de dientes y encías.

Aquella imagen fue lo último que vio la mujer. Su corazón estalló con una violencia tan extrema que incluso cuando el telón cayó sobre sus ojos, siguió estremeciéndose en sueños.

II

—Era inmigrante, estoy segura —dijo Patricia sosteniendo con delicadeza la hamburguesa de pollo, como si se hubiera transformado en la calavera de Hamlet—. Vino a Valencia en busca de esa tal Trinidad y no la encontró. Pobre hombre. Murió de sífilis, o de gonorrea, o de Dios sabe qué en el peor suburbio de la ciudad, entre ratas y cucarachas, pero estoy segura de que seguía amándola, aunque no la encontrara.

Lorena miraba de reojo a su amiga, con esa pinta intelectualoide que la dotaba de un atractivo sutil pero delicioso. Mientras dibujaba en sus labios una media sonrisa, apartaba con el tenedor los trozos de pepino de la ensalada. Solía sentarse del revés en las sillas, apoyando el pecho en el respaldo y la barbilla en el brazo izquierdo. Siempre que comía lo hacía con desgana, más pendiente de las conversaciones que fluían a su alrededor que de los alimentos que se acumulaban en el plato. En más de una ocasión Rafa había insistido en que lo acompañara a un nutricionista, pero Lorena era así, obstinada como una mula, e insistía en que su organismo necesitaba las mínimas calorías para seguir activo.

Lorena encarnaba la antítesis de Patri. Mientras que la segunda procedía de un pueblecito de Teruel, Lore era mediterránea de pura cepa, de las que hablaban con fluidez el valenciano y no se perdía una mascletá desde el uno de marzo hasta el día de San José. Patricia solía llevar el pelo recogido, el de Lore siempre flotaba suelto, una mata rizada y morena que acentuaba su fachada seria. Patricia, dos años menor que Lore, poseía el desparpajo de una quinceañera y hablaba sin parar. Lorena pensaba mucho antes de abrir la boca y cuando lo hacía no solía ser en balde. No es que fuera introvertida. Lorena no tenía pelos en la lengua, pero la contemplación era una faceta que predominaba en su vida. No en vano, tenía muy claro que después de sacarse la licenciatura iba a por el doctorado, y especializándose en neurocirugía nada menos. Los cirujanos del coco tenían fama de soberbios. Lore no llegaba hasta ese punto, pero cada vez que levantaba la mano en clase se producía un silencio sepulcral a su alrededor, en esos instantes era cuando uno podía ver a la Lore más orgullosa, a la Lore consciente de que ejercía un poder especial sobre el resto del mundo, a la Lore que se recreaba en la admiración que despertaba en los demás.

Patri, sin embargo, todavía estaba en segundo y no tenía muy claro en qué se iba a especializar.

—Das por sentado que Trinidad era chica —replicó Rafa, zampándose a bocados elephantinos su doble hamburguesa con pepinillos, aros de cebolla, lechuga, tomate y mayonesa.

—¿Y qué iba a ser si no? —inquirió Patri perpleja.

—Gay.

Rafa era de los que soltaba las cosas al tuntún, sin pensárselo demasiado. Iba para especialista en trauma y ortopedia, y su físico así lo delataba. Casi no cabía en la silla de

tantos músculos que tenía; dotado de una osamenta robusta y bíceps machacados en el gimnasio. Aquella era la segunda hamburguesa que se tragaba y, si no fuera por la cola que se formaba ante el mostrador y que llegaba hasta la entrada del local, probablemente atacaría una tercera. Al igual que Patri, Rafa tampoco tenía mucho que ver con Lore. Si ella era brillante, Rafa tenía la mollera más dura que el Peñón de Gibraltar. En épocas de exámenes, Lore casi se sentía obligada a estudiar por los dos —lo cual garantizaba que al llegar a casa hiciera gala de una mala hostia insoportable—, pero en el caso de Lore y Rafa el dicho de que los polos opuestos se atraen estaba más justificado que nunca.

—¿Gay? —Patri dejó escapar una risilla desdeñosa—. ¡Cómo sois los tíos! Hablamos de algo bonito y enseguida tratáis de desvirtuarlo.

—Habló doña Meg Ryan —contraatacó él con una mueca que pretendía fastidiar a su amiga.

—No me jodas, hombre. Lo de gay no lo has dicho porque lo creyeras con convicción. Simplemente lo has dejado caer para fastidiar el instante.

—Y tú qué sabrás por qué lo he dicho.

Patri cogió una patata y apuntó con ella a Rafa, como si fuera un cuchillo.

—Siempre con la misma historia. Eres igual que todos. Al final no sabéis más que follar, ver partidos de fútbol y alardear de rabo. —Patri dirigió una mirada cómplice a Lore, buscando su apoyo—. Te juro que vi el tatuaje y el nombre, tan claro como veo ahora esta patata.

—Patricia, en la mesa de autopsias todo se malinterpreta... —dijo Lorena con tranquilidad. Se disponía a seguir con la explicación cuando Rafa la dejó con la palabra en la boca.

—¡Los de segundo sois unos carniceros descerebrados! No distinguís una víscera de un músculo, ¿cómo pretendes ver un tatuaje en un fiambre? Ni en sueños has visto tú ese corazón.

La mandíbula de Patricia se desencajó.

—¡Pero de qué vas, tío!

—Rafa tiene razón —continuó Lore, pasando por alto la interrupción de su novio—. El formol de la piscina hace que los cuerpos pierdan su grado de humanidad. Piensa que llevan siete u ocho años muertos. Los disecan, no tienen sangre, la piel se apergamina...

—Son momias —dijo Rafa mientras se embutía un cuarto de hamburguesa de un solo bocado—. Momias preparadas para que las abramos en canal con el bisturí. ¿A quién se le ocurriría hacerle caso al tatuaje de una momia?

Patri, arrinconada por la pareja, se volvió hacia Abel y lo halló concentrado en aquel montón de folios que plasmaba el cuento de Secreto. Ni siquiera había tocado la hamburguesa. Sus pupilas se dilataban en una concentración casi obsesiva. Patri ya ni recordaba las veces que lo había leído.

—¡Oye! ¿No vas a defenderme? —gritó mientras le soltaba un codazo.

Abel apartó los ojos de los papeles y miró a su alrededor como embobado. Lore arrugó el ceño. Se había pasado la mayor parte de la sobremesa espíándolo con aquella expresión experta de diseccionadora de pensamientos.

—Perdona... ¿qué ocurre? —balbuceó Abel.

—¡Están diciendo que mi cadáver es gay! —se quejó Patricia.

Varios clientes de las mesas de alrededor dejaron de comer y los observaron con inquietud. Una madre cogió la mano de su hijo y le dirigió unas cuantas frases nerviosas, pero el niño seguía mirando a Patricia con los ojos muy abiertos.

—Los cadáveres de la mesa de prueba son carne de cañón —continuó Rafa con la boca llena—. Los cortamos, los mutilamos, les troceamos hasta convertirlos en filetitos diminutos. La mayoría no tienen ni rostro al final del curso.

—Investigamos con ellos —susurró Lorena, tras percatarse del ambiente enrarecido que los rodeaba.

—Bueno, lo que sea. ¿Conoces el proceso de descomposición de un cadáver?

Patri se aupó en su silla y puso cara de rata de biblioteca.

—Por supuesto que lo sé. Degradación del cuerpo por sus propias enzimas, fermentación bacteriológica, proceso enfisematoso, reducción de los tejidos hasta la exposición de los huesos...

—No te pregunto que si te lo sabes de memoria, quiero decir que si lo has visto.

—¡Pues claro que lo he visto! ¡Todos hemos visto un cadáver medio podrido en la sala de disecciones! —dicho esto, Patri rebañó el ketchup acumulado en el recipiente de la hamburguesa con una patata y se la metió entera en la boca.

La madre de la mesa vecina cogió al niño de la mano y se lo llevó dos mesas más atrás. Un grupo de ejecutivos dejaron de consumir sus hamburguesas para observar a los cuatro chavales con el entrecejo fruncido.

—Entonces habrás comprobado lo que provoca la presencia del gas en el tejido —dijo Rafa terminando de devorar su hamburguesa y chupándose los dedos para limpiar los chorretones de mayonesa—. Lo que hacen las bacterias al degradar el cuerpo.

Esta vez Patricia no respondió, sin embargo sus ojos brillaban expectantes.

Rafa volvió a echar una ojeada a la cola de la barra. El número de clientes seguía creciendo.

—¿Te vas a comer la hamburguesa, tío? —le preguntó a Abel, que volvía a estar enfrascado en la lectura del manuscrito.

—¿Cómo? —balbuceó el otro sin apartar la nariz de los folios.

—Gracias —respondió Rafa apoderándose del entrepán y asestándole un buen mordisco. De inmediato, Lore le soltó una patada por debajo de la mesa—. ¿Qué pasa? ¡Si no tiene hambre! ¡Lo acaba de decir!

—Eres un tragaldabas —le amonestó Lore—. No quiero que le quites la comida a Abel.

—Bueno, bueno, a lo que íbamos —Rafa volvió a centrarse en Patricia—. El metabolismo de las bacterias provocan la putrefacción del cuerpo, hasta ahí vamos bien, ¿no? La mayoría se encuentran en los intestinos, el hormiguero de las bacterias. Son esas bacterias las que degradan los tejidos y provocan la fermentación.

—Y los gases —añadió Lorena sin dejar de rebuscar en la lechuga—. Dais asco. Siempre habláis de las mismas guarradas en la mesa.

—El caso es que los gases, en algunas ocasiones, hacen que los cadáveres se hinchen, como globos a punto de reventar. Parecen sacos de masa fofa. —Rafa apuró su coca-cola y, cuando Lore se descuidó un segundo, le birló la suya a Abel—. La cabeza se abomba y los ojos se desencajan. La lengua también acaba colgando. ¡Y los genitales, dada la capacidad de distensión de los tejidos, adquieren volúmenes monstruosos! ¡Como os gustan tanto a las chicas! ¡Bien gorditos! Hay veces que es tal la acumulación de gases en el tejido subcutáneo que se produce un desgarro.

—¡No jodas! —exclamó Patri—. ¿Se abre el cuerpo? ¿Tú lo has visto?

Lore constató que cada vez quedaba menos gente a su alrededor. Los ejecutivos se desanudaron las corbatas al comenzar a sudar copiosamente. Otros observaban sin mucho apetito sus hamburguesas. A pesar de que el local estaba hasta los topes, a su alrededor se extendía un cerco de mesas vacías.

—Claro que lo he visto, en mi última práctica de Medicina Legal. Normalmente los cadáveres se abren por la zona abdominal, ya que no tienen las limitaciones de las costillas, pero en la última práctica el cuerpo estalló, literalmente, por la cavidad torácica, de golpe y sin que nadie se lo esperase. ¡BUM! Se le veían las costillas y los órganos. Fue la leche. Sonó como un eructo y en apenas unos segundos estaban todas las vísceras ahí, a la vista. ¿Te imaginas qué hubiera pasado si clavamos el bisturí en esa acumulación de gas?

Patri se echó a reír con la boca llena. Rafa, satisfecho con su explicación, le pegó un codazo a Abel y señaló a Patri con el vaso de refresco.

—¡Mírala, Abel! ¡Le pone hablar del proceso enfisematoso! En el fondo todas son igual...

—¡Vale ya! —exclamó Lorena—. Me estáis poniendo enferma.

Abel hizo ademán de buscar la hamburguesa en su envase, pero cuál fue su sorpresa al encontrarlo vacío. Rafa se apresuró a embucharse el último trozo, tragándose casi sin masticar. La mueca de asco de Lorena fue a más.

—Vale, lo habéis logrado —dijo la morena apartando la ensalada de un manotazo—. Me habéis quitado el apetito.

—Si quieres te ayudo —se ofreció solícito Rafa, con el ketchup chorreándole por la comisura de la boca—. Por cierto, ¿qué lees, Abel?

Antes de que su amigo pudiera arrebatarse el fajo de folios, el ilustrador lo escondió tras el respaldo de la silla.

—Es un cuento —se apresuró a contestar Patricia. Esta vez fue Abel el que quiso asesinarla con la mirada. La noche en que Patri le entregó la carta de Augusto Sangüeño, Abel le hizo prometer que no se iría de la lengua ante sus compañeros—. ¡A Abel le han contratado en Las Provincias! —exclamó levantando los brazos en alto, llena de felicidad.

—¿Un cuento? —balbuceó Rafa—. No... no sabía que escribieras cuentos. ¿Te van a publicar un cuento en el periódico?

—No seas gilipollas, hombre. Se lo han mandado para que lo ilustre y le van a pagar una pasta. Ciento cincuenta pavos por dibujo. ¡Se va a hacer millonario!

Abel suspiró resignado. Debía habérselo imaginado: los secretos en posesión de Patri dejaban de serlo en muy poco tiempo.

—¿Por qué no les dices de qué color llevo los calzoncillos? —inquirió Abel, cada vez más molesto.

—Azules con cuadraditos rojos —murmuró ella sonrojándose.

—Serás...

—¡Oye, a ver si tengo la culpa de que hagas la colada cuando estoy en casa!

Lorena, que había aguardado agazapada su momento, decidió sacar las garras y entrar en acción. Sabía que Abel seguía recuperándose de su primer enchochamiento, por eso, siempre que lo abordaba, procuraba hacerlo con ternura, como una hermana mayor, pero en aquel momento no pudo evitar transmitir cierta molestia al percatarse de que su viejo amigo le hubiera escondido algo tan importante.

—¿Y no me... nos lo dijiste? Somos como una familia. No existen secretos entre nosotros.

Abel no se atrevió a responder. Lore pasaba cada vez más tiempo con Rafa, así que Patri y él comenzaban a sentirse desplazados, ajenos a la cúpula invisible que la pareja estaba erigiendo a su alrededor.

—En realidad no es nada...

—¡Claro que lo es! —exclamó Patri, arrimando su silla a la de Abel y rodeándolo con un brazo—. Se ha tirado el día entero leyendo el relato. Lo tiene como embelesado... como hechizado...

—Cállate, Patri —gruñó Abel entre dientes.

—Ni siquiera ha estudiado para el parcial de farmacología de esta semana. Está como poseído.

Rafa y Lore intercambiaron miradas preocupadas.

—¿Es eso verdad? —preguntó Lorena.

—No sé... es el cuento. Tiene algo especial. Está muy bien escrito, como si tuviera magia. Lo lees una vez y, cuando acabas, tienes que volver a leerlo. Transmite ternura, es especial.

—A mí no me parece tan bueno —replicó Patri, dándose las de marisabidilla.

—¡Y tú qué sabrás! Si eres incapaz de diferenciar a Shakespeare de las tiras de Mingote.

—Yo no tengo la culpa de que no me interesen los libros de autores más viejos que mi tatarabuela —renegó la rubia.

—¿Y de qué va el cuento ese? —se interesó Rafa, aunque su vista volvía a planear sobre la ensalada de Lore.

—Es de una especie de demonio que va dominando a la gente —se anticipó una vez más Patricia.

—¡Cállate! Si no sabes explicarlo mejor cierra la boca —replicó Abel. Después prendió la mirada en Lore, que parecía la única verdaderamente interesada en el relato. Carraspeó, haciéndose el interesante, y trató de dar sentido al puñado de párrafos que se amontonaban en los folios—. El cuento es una especie de metáfora sobre la capacidad de escribir, sobre la sabiduría del autor y sobre la necesidad de sobrevivir. La historia comienza cuando un escritor fracasado, un tal Alberto Casto, decide abandonarlo todo e iniciar una peregrinación por el desierto en busca de inspiración. El tipo lleva escribiendo toda su vida, pero lo único que ha obtenido a cambio han sido críticas destructivas que han socavado su moral.

»Casto, cansado de todo, abandona la ciudad y permanece mucho tiempo solo en el desierto. Al principio trata de reencontrarse a sí mismo y hallar esa brizna de inspiración que le permita seguir escribiendo, pero cada vez que se ilusiona con algo, los recuerdos le embargan y ese ímpetu creativo se convierte en su peor maldición. Poco a poco va cayendo en una depresión moral, hasta el punto que se siente incapaz de vivir si no halla la historia perfecta. Casto se abandona, se convierte en un espectro que camina bajo el sol, seco completamente por dentro. Al cabo de unos días no es más que un saco de huesos. Sus ideas, sus sueños, sus ilusiones se han esfumado junto a la carne. Casto se está convirtiendo en un cadáver sin alma. Es en ese instante cuando se le presenta el *djinn*.

—¿Qué es un *djinn*? —preguntó Rafa.

—Cállate —replicó Lorena, completamente absorta.

—El *djinn* se llama Tikva, que en hebreo viene a ser esperanza. Tikva, cansado de morar en el desierto, le propone a Casto un trato: «Sácame de aquí y te concederé aquello que más anhelas». Casto duda. Desconfía del *djinn*, a pesar de su belleza y de su aspecto poderoso, pero consciente de que puede ser la única salida que le queda en la vida, acepta la propuesta. Cuando Casto regresa a la ciudad, con Tikva alojado en su cabeza, se siente embargado por un impulso creativo como jamás ha experimentado antes. Es una especie de sensación que lo embelesa y lo arrastra hasta la mesa, entonces su mente queda empalagada por las mieles de la literatura y las ideas ya no nacen sino fluyen con espontánea naturalidad, como si fueran concebidas con el único fin de marchitarse en el papel. Casto ya no tiene limitaciones. Se pone delante de su Olivetti y escribe sin parar, noche y día, día y noche, desde primera hora de la mañana hasta altas horas de la madrugada. Hay veces que

incluso pierde el contacto con el mundo real y se siente atrapado por el teatro de candilejas en el que se ha convertido su cerebro. Las metáforas brotan de sus dedos y no puede dejar de sembrarlas en el papel. Casto arroja por las manos todo lo que lleva dentro, en el corazón. —Abel recitaba de memoria los párrafos de Secreto. Se los sabía de principio a fin después de haberlos leído miles de veces—. En menos de una semana, Alberto Casto ha escrito más que en toda su vida. Casi sin darse cuenta, sobre la mesa acumula más de seiscientos folios. Ni tan siquiera los lee. Ha vertido su alma en ellos y sabe que si los repasa, si cambia una sola coma, se traicionará a sí mismo y jamás podrá perdonárselo. Así que sin encuadernarlos ni numerarlos, mete los papeles en un paquete y envía el manuscrito a la editorial más importante del país. Cuando ha introducido el sobre en el buzón, se siente abocado a convertirse en un cadáver literario.

»A las dos semanas recibe respuesta de un editor. Hasta ahora, las cartas que han pasado por sus manos no son más que meros formularios de rechazo, fotocopias desabridas de un par de párrafos. La respuesta del editor suma más de diez páginas y todo son elogios hacia su novela. A partir de ese momento comienza la carrera fulgurante de Alberto Casto. Su primera novela es un éxito de ventas. Más de doscientos mil ejemplares vendidos, ocho ediciones en poco más de dos años, cinco premios internacionales, venta de derechos al extranjero, reseñas en El Mundo, en el Hamburger Abendblatt, en Le Figaro, en el New York Times, en el Washington Post. Hasta Ken Follett compara su novela con una película de Scorsese. De la noche a la mañana, Casto se hace multimillonario y si su opera prima se convierte en un éxito arrollador, la segunda y la tercera ya ni te cuento. Comenzaron a asegurar que Casto cagaba oro. Luego llegaron las conferencias en Francia, en Alemania, en Italia, en Suiza. Incluso de vez en cuando tenía que cruzar el Atlántico para verse las caras con los yanquis. Otra pica muy importante en su carrera llegó cuando Scorsese le tomó la palabra a Follett y compró los derechos de su primera novela para adaptarla a la gran pantalla.

»La vida personal de Casto también mejoró otro tanto en los meses que precedieron. Se casó con su editora y tuvieron tres hijas, y estas, con el tiempo, le dieron nietos sanísimos que demostraron tener un talento especial para las letras. A sus cincuenta y dos años, Alberto Casto parecía haberlo obtenido todo en la vida: amor, salud, fortuna y fama.

»Fue precisamente en aquella época cuando empezó a cartearse con un muchacho de una ciudad lejana que se llamaba Juan. Al principio, Juan surgió como un fan más, escondido y algo impertinente. *Que si me puedes enviar tal cuento, es que no lo encuentro en ninguna antología. Que si me puedes firmar tu última novela. Que si por fin van a reeditar la cuarta, que está agotada y ya no es posible encontrarla en ningún catálogo.* Casto, que navegaba en un mar de correspondencia, no prestó especial atención al muchacho. Pero ante su insistencia, comenzaron a intercambiar más y más cartas y Juan dejó de ser un rostro anónimo para convertirse en un alma afín a la del escritor. Al cabo de unos meses, Juan se atrevió a mandar uno de sus cuentos a Casto. El escritor se sentó en su

sillón favorito y leyó el relato con entusiasmo; al final le embargó una sensación agrídulce. El estilo del muchacho era simple, sucio, le faltaba oficio. Sin embargo, le había cogido tanto cariño que en ningún momento se atrevió a decírselo.

»Pasaron los meses y, al contrario que suele suceder en las relaciones entre escritores y fans, la de Casto y Juan se hizo más entrañable. E le enviaba sus cuentos y Casto los leía, aunque siempre guardando una distancia prudencial cuando tenía que referirse a ellos en las cartas que le dirigía. Finalmente, aprovechando una presentación que Casto tenía concertada en la ciudad del chaval, concretaron una cita en una cafetería.

»Casto atravesó la península en coche para ir a la ciudad de Juan. En todo el trayecto iba inmerso en sus pensamientos: que si el porcentaje del próximo libro, que si la tirada debía aumentar, que si el contrato con la productora cinematográfica se demoraba demasiado, que si... En cambio, Juan no podía quitarse de la cabeza la idea de que estaba a punto de conocer en persona a su ídolo. Tan aturullado estaba con aquellas cábalas, que no pudo evitar que un camión lo arrollara al cruzar la calle y le fracturara la columna vertebral. Solo cuando Casto estuvo en la librería donde se iba celebrar la presentación de su obra, reparó en la ausencia de Juan. Aquello le produjo más molestias de las que en un principio hubiera querido admitir. Soltó la charla a bocajarro y apenas se detuvo a firmar unos cuantos ejemplares, después salió disparado hacia el local donde debía aguardarle Juan. El muchacho tampoco estaba allí, sin embargo, su madre sí que acudió a la cita por petición expresa de Juan. La mujer le habló a Casto sobre el accidente, sobre la operación a vida o muerte a la que estaba a punto de someterse el chico, también hizo hincapié en la ilusión que Juan tenía de conocerle. Apabullado por las noticias, Casto suplicó a la desconsolada madre que le llevara al hospital donde estaba ingresado el muchacho.

»El escritor pasó el resto de la tarde junto a la cama de su amigo, observando las débiles constantes vitales que le separaban de la vida o la muerte. Cuando abandonó el hospital se sentía conmocionado. No podía regresar al hotel porque necesitaba respirar, así que caminó sin rumbo por aquellas calles extrañas, por aquellas alamedas interminables teñidas de melancolía. Caía la noche cuando llegó hasta el puerto de la ciudad y se detuvo ante el mar. Se dice que el mar es sabio y ofrece respuestas, y estas llegaron a Casto en forma del olvidado Tikva.

»—Tú ya no me necesitas —le dijo el *djinn*—, he pasado media vida junto a ti y he cumplido mi palabra. Te di lo que más anhelabas en el desierto. Ahora, si me dejas marchar, podré salvar a Juan.

»Casto, que ya era sabio y viejo, se preguntó qué pasaría una vez que Tikva saliera de su cabeza. ¿Volvería la niebla amarga que le arrebatava las ideas? ¿Se cortaría su línea directa con las musas? El éxito, el dinero y la fama no le preocupaban en absoluto, le fastidiaba más tener que renunciar a su arte, a la exquisitez de la prosa que el *djinn* le había otorgado. Sin embargo, cuando ponía una cosa y otra en la balanza, el cariño que sentía por

Juan pesaba demasiado. Lloró amargamente mientras se despedía de Tikva y todos aquellos que se cruzaron en su camino le observaron con extrañeza.

»Casto, consumido por la vergüenza, regresó a su ciudad sin visitar de nuevo el hospital donde estaba ingresado Juan. Sabía que el chaval iba a reponerse porque la presencia del mágico mercader de arte se había esfumado de su cabeza, dejando un vacío irremplazable. Durante muchos meses no se atrevió a acercarse a la máquina de escribir. Alegaba estar enfermo, sufrir el mal de los escritores, no estar inspirado para abordar una nueva novela, sin embargo, su verdadero mal radicaba en el miedo. Ahora que el *djinn* ya no se encontraba a su lado, volvería a ser la misma alma en pena que a punto estuvo de fenecer en el desierto.

»Al poco recibió una carta de Juan. El muchacho se había repuesto milagrosamente y estaba muy agradecido por el regalo de Casto. Era tal la alegría de volver a recuperar la salud, que había escrito un nuevo cuento y se lo remitía para que lo valorara. Casto cogió con pavor el manuscrito y se sentó en su sillón favorito. Lo leyó una vez, dos, tres, cuatro, cinco... Lo leyó apoyado sobre el brazo izquierdo y luego sobre el derecho, pero por muchas vueltas que le diera, el relato se le antojaba igual de malo. ¿Cómo era posible que Tikva le hubiera negado el don que le había otorgado a él? Reflexionó un buen rato y repitió una y otra vez las palabras que el *djinn* le dirigió antes de separarse de él:

»—Te di lo que más anhelabas en el desierto. Si me dejas marchar, ahora salvaré a Juan.

Casto se vio a sí mismo en las dunas ardientes, abandonado, ajado, muerto, y luego pensó en Juan, tendido en la cama del hospital, conectado a un sinfín de máquinas que decidían sobre su futuro. Solo entonces se encendió una bombillita en su cabeza. El *djinn* no le dio el don de escribir, sino el don de sobrevivir. La vida podía manipularse. El arte, en cambio, era un don innegociable. Un regalo que nadie podía comprar o vender. Nacía en las personas y duraba hasta la muerte. Tikva jamás manipuló su capacidad literaria, simplemente le había ofrecido una segunda oportunidad. Entusiasmado, regresó a su máquina de escribir, puso un papel en el carrete y continuó creando hermosos libros hasta el fin de sus días.

Se hizo un silencio profundo entre los cuatro amigos. Abel miró el manuscrito y comprendió que podía recitar el cuento sin parpadear.

—¿Lo veis? —inquirió Patri—. El relato apesta. Es cutre hasta morir. ¿Demonios en el desierto? ¿Columnas vertebrales que se curan por regeneración espontánea? ¡A ver quién se traga eso!

Pero Lore y Rafa comenzaron a aplaudir con todas sus fuerzas, rabiosamente, armando tal escandalera que se convirtieron en el centro de atención de la hamburguesería. Durante un instante, Abel se sintió como el maestro de ceremonias encaramado a la platea después de haber encandilado al público con la mejor función de su vida. Patri, a su lado, observaba a la pareja sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Pero si no vale un pimiento.

Rafa estiró el brazo y le robó el fajo de papeles a su amigo. Abel trató de recuperarlo, pero arrancar algo de los dedos de Rafa podía llegar a ser más difícil que apoderarse del martillo de Thor. Lore, complacida por la rapidez de su novio, se apoyó en su hombro y repasó el texto con detenimiento. Se mordía los labios mientras repasaba línea por línea el cuento de Secreto. Finalmente, se lo quitó a Rafa y se lo quedó para ella. Rafa aprovechó aquel descuido para robarle la ensalada.

—Te lo sabes casi de memoria —susurró embebida por la relectura. Nadie le respondió y, si lo hubieran hecho, no se habría dado cuenta. Cuando Lore entraba en el mundo de los libros, nada ni nadie podía devolverla a la realidad—. No me extraña. El cuento está muy chulo y Secreto escribe muy bien.

—Lo he leído tantas veces porque tengo que visualizarlo antes de ponerme a dibujar —se excusó Abel.

—Ya... seguro... —refunfuñó Patri—. Lo que pasa es que te has obsesionado.

Abel ya se disponía a replicar, cuando Lore los detuvo con un gesto.

—Al final del cuento hay una dedicatoria: «Para Rafael Marín, trovador de historias que han hecho volar mi imaginación. Bien podrías haber sido un Nocturno». —Los ojos almendrados de Lore espionaron a Abel por encima del papel, unos ojos que en otro tiempo hicieron perder la cabeza al muchacho—. ¿Marín? ¿Quién es ese?

—Es un escritor gaditano no muy conocido, pero si ha inspirado a Secreto debe ser bueno.

—¿Y esa historia del nocturno? ¿Qué significa?

Abel negó con la cabeza.

—Yo creo que deberíamos difundir la palabra de Secreto —indicó Rafa, rumiando los trozos de lechuga de la ensalada de su novia—. No podemos quedárnosla para nosotros. Si es tan bueno, que todo el mundo la escuche... o mejor dicho, la lea.

—¡Anda ya! —refunfuñó Patri.

—Pero si lo van a publicar en el dominical de Las Provincias —replicó Abel.

—Sí, pero el arte debe ser libre —apostilló Lore—. La expresión popular no puede tener un precio. Dejádmelo a mí.

La aspirante a neuróloga volvió a centrar su atención en el papel. A Abel le resultó fascinante la manera con que Lore imponía su ley en la manada. Nunca necesitaba largos discursos, bastaban un par de razonamientos para que Patri arrugara el ceño y se diera por vencida y Rafa se pusiera de su lado. En el caso de Abel... bueno, en el caso de Abel se hacía patente el refrán de hable el sabio y escuche el discreto.

Esa misma tarde el cuento de Secreto pasó por la sala de reprografía de la Facultad de Medicina. Lore y Patri —esta última a regañadientes— se encargaron de colgarlo en el

tablón de anuncios, distribuirlo por las clases de tutoría y dejar un buen fajo en la cafetería. A la mañana siguiente, la mayoría de los alumnos amanecieron degustando café mientras leían embelesados *Legado de escritores*. Muchos llegaron tarde a la primera clase de la mañana, porque una vez enfrascados en la lectura del cuento no podían apartar la mirada. Hubo quién lloró mientras devoraba con avidez los párrafos, a otros se le hizo tan antipático que en vez de devolverlo al tablón de anuncios, lo rompieron en mil pedazos y lo arrojaron a la basura en un arrebato de ira. A media mañana, la secretaria del rector de la Facultad depositó *Legado de escritores* junto a un montón de carpetas y libros de cuentas. El rector, que llevaba unas cuantas semanas estresado, se tomó un respiro y se embarcó en la lectura del manuscrito. En cuanto puso los ojos en la primera línea, el maravilloso hechizo que atenazaba a todos aquellos que lo leían, se extendió también en él. Aquella historia fluía con una naturalidad magnífica, cincelada con deliciosos recursos literarios que elevaban el cuento a un grado de perfección que no dejaba indiferente a nadie. En solo dos folios, Alberto Casto se convertía en el vecino que conoces de toda la vida y Juan, el desgraciado Juan, en el infeliz que solicitaba a gritos un poco de atención. Tal fue el sabor dulce que le dejó en el paladar, que el Rector dedicó un buen rato a rastrear por la red algún dato del enigmático Secreto, pero no encontró nada que le pudiera servir para aliviar su curiosidad.

Al final de la tarde, tras cuatro horas de reunión intensiva en las que se debatieron cuentas y números farragosos de la Universidad, los miembros del Consejo de Dirección encontraron una copia de *Legado de escritores* entre los archivos que la secretaria del rector había preparado para ellos. Ninguno de los miembros del Consejo hizo el amor aquella noche. Todos estuvieron abstraídos en la lectura del cuento, dando la espalda a sus respectivos cónyuges.

A los dos días de que Lore y Patri repartieran el cuento por la Facultad, no quedaba maestro o alumno que no hubiera leído u oído hablar de *Legado de escritores*. El cuento se convirtió en una leyenda viva dentro de la Facultad de Medicina, hasta hubo quién ofreció unos cuantos euros por la identidad de Secreto o por conseguir otro cuento de tan excepcional escritor. Además, durante las semanas siguientes, la librería de la Universidad experimentó un repentino interés por la obra de un tal Rafael Marín. Nadie supo explicar la razón, pero el dueño se aseguró de exponer todos los libros del autor gaditano en el escaparate con un gran cartel que anunciaba descuentos especiales para los interesados.

¿Qué es la inspiración artística sino la plasmación del brote pasional de las ideas, de la estructura, de la definición? En cierta ocasión, uno de los profesores de bellas artes de Abel le desveló la etimología de la palabra inspiración. De descendencia helénica, significaba «aliento», el aliento de los Dioses. Hesíodo definía la inspiración como el humor divino que emanaba de Apolo y otorgaba las facultades adivinatorias a sibilas y oráculos. La verdadera complejidad en el uso de la inspiración radicaba en la capacidad de comprender, de

visualizar el pensamiento en parámetros concretos. El poeta posee la facultad de convertir lo anodino en virtuoso, el dramaturgo de transformar lo usual en tragedia, sin embargo, el pintor, el ilustrador, el dibujante, estaba obligado a sacar punta a las palabras, a convertir lo etéreo en tangible, lo abstracto en concreto. La faena en sí se reducía a un puñado de matices desperdigados en una paleta de colores, el ilustrador se limitaba a elegir los más adecuados y a plasmarlos sobre el bastidor. Pero el verdadero ilustrador, aquel que estaba elegido para inmortalizar lo divino y lo humano, poseía una sabiduría precoz que le permitía combinar los colores para elaborar la obra perfecta que todos deseamos ver.

Abel, después de empaparse durante todo el fin de semana con *Legado de escritores*, no dejaba de preguntarse qué colores hubiese querido emplear Secreto para su obra. Cualquier faceta del cuento le parecía apropiada para plasmarla en el papel, sin embargo, por primera vez en su vida se veía incapaz de describir en el lienzo la carga de emociones que superaban las palabras del autor anónimo.

Cerró la puerta del cuarto, se tumbó en la cama y leyó una vez más el relato. Al cabo de un rato se revolvía como una lombriz sobre un montículo de sábanas arrugadas. Era la primera vez que le pasaba aquello. Intentar ver pero estar ciego. Sentirse atenazado por un impulso que necesitaba salir de su cabeza pero no poder visualizarlo sobre el bastidor. Mantener en su interior las imágenes de Secreto suponía una carga insoportable, una bola de carne atorada en la garganta. Se estaba ahogando. Eso es. Se estaba ahogando con el cuento de Secreto.

Tuvo que levantarse de la cama, abrir la ventana de par en par y tomar una bocanada de aire. Al principio se sintió aliviado, pero en cuanto regresó a la habitación comenzó a sudar. ¿De verdad sentía miedo escénico en su primer trabajo para Augusto Sangüeño? ¿Por qué diablos le tuvo que tocar aquel maldito cuento? Horripilado, miró su teléfono móvil y sintió que la sensación de vértigo aumentaba por momentos. Había quedado con el editor en que le mandaría el primer boceto a principios de la semana siguiente, pero a aquellas alturas veía la finalización del trabajo a un abismo de distancia. Cada vez que se ponía delante del bastidor y comenzaba a hacer esbozos, salían formas difuminadas, siluetas inconcretas que no llevaban a ningún sitio. Abel tenía la impresión de estar asomándose a un universo de fantasmas. Conforme transcurrían las horas, la papelera se convirtió en un cementerio de ideas inconclusas. Estaba a un paso de perder la oportunidad de su vida. Aquello le encolerizó y lo llenó de impotencia. Todavía guardaba en su memoria el momento en que Patri le entregó la carta y, rebotante de ilusión, leyó el título de *Legado de escritores*.

Una vez más, el filo del fracaso se cernía sobre su cabeza, amenazando con cortarle el pescuezo de una sola estocada. Todo eso lo llevó a verse a sí mismo ante la butaca de su padre, en La Coruña, con la firme decisión de abandonar Bellas Artes. En ese instante también se sentía dubitativo, resignado, vencido, a la espera de un simple comentario que le infundiera un mínimo de consuelo. Pero el apoyo de su padre nunca llegó. Aquel hombre que en otra vida ostentó el rostro de un ser amado seguía perdido en una sala de hospital,

consumiéndose al lado de un cuerpo carcomido por el cáncer. Abel, consciente de esa degradación, optó por huir, dejándolo solo con su televisión, con su butaca, con su botella de Jack Daniel's y con su olor a rancio.

Aquella decisión, a la larga, ahondó en su derrota y lo hizo más vulnerable. Ahora solo veía barreras a su alrededor y, en cierta forma, comenzaba a temer que hubiera encontrado su propia butaca frente al televisor y estuviera tentado a coger la botella de Jack Daniel's.

El puño se le deshizo en una explosión de dolor cuando lo estampó contra un armario empotrado. Permaneció paralizado, sintiendo que la frustración salía a chorros por cada poro de su piel. A su alrededor, el cuento de Secreto se desperdigó en un abanico insolente que se empeñó en mostrarle las razones por la que su vida seguía sumida en el fracaso. Ni siquiera escuchó la puerta al abrirse, no fue consciente de la presencia de Lore hasta que ella le acarició el cuello.

—¿Qué has hecho, bobo? —Lore nunca forzaba la voz, pero esta vez el miedo brotaba en forma de temblor.

Cogió con mucho cuidado la mano de Abel y observó el puño hinchado. Él cerraba los ojos, desencajado por el dolor, aunque la angustia que le corroía por dentro era peor que los latigazos exteriores. Hubiera querido estrujar su mano hasta que la agonía sofocara la pena, pero Lore forcejeó hasta hacerse con el control de la situación.

—¿Te duele?

Abel negó con la cabeza.

Lore palpó con cuidado el dorso hinchado, después articuló los dedos, buscando alguna fractura. Todo parecía en orden. Tampoco escuchó ningún ruido que delatara que las falanges estuvieran rotas. Lo obligó a apoyar la mano extendida contra el armario y volvió a examinar sus dedos con mirada experta.

—Tendríamos que ir a urgencias —insistió, a pesar de que estaba casi segura de que no había fisura.

—Estoy bien.

Lore asintió, recogió los papeles desperdigados por el suelo y los depositó en orden sobre la cama. Después se sentó en el borde.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—A mí no me mientas que no soy idiota. ¿Qué te pasa? Llevas unos días más raro de lo habitual.

A Abel le repateaba el hígado la franqueza de Lore. Aquella era una de las cualidades que más temía de ella. Cuando Lore clavaba su mirada en alguien y cerraba la boca, uno se sentía desnudo.

—No lo sé. Últimamente no puedo dejar de pensar en La Coruña, en mi padre, en la decisión que tomé. —Abel cogió el manuscrito de *Legado de escritores* y lo agitó con rabia,

como si aquel puñado de folios tuviera la culpa de todo—. Hay momentos en los que estoy tan agobiado, que soy incapaz de pensar en nada. Simplemente me detengo y es como si el mundo también dejara de funcionar. Como si alguien desconectara el enchufe de la corriente. Después vuelvo a ponerme en marcha y veo que, en realidad, todo cuanto me rodea ha seguido en movimiento y me ha sobrepasado. ¡Y encima está este estúpido cuento! ¡Me siento fuera de juego por su culpa!

—Olvida el cuento, Abel. Lo que te pasa no tiene nada que ver con él. El mal está dentro de ti, no en ese puñado de papeles. ¿Puedes definir mejor tus sentimientos?

El muchacho sonrió, pero las comisuras de sus labios apenas se separaron. Se contornearon en una suave curva condenada a borrarse a los dos segundos.

—¿Vas a ser ahora mi psicóloga, Lore?

—En alguien tendrás que confiar, ¿no? ¿O quieres que llame a Patri?

Abel prefería mil veces que fuera Lore la que escuchara sus penas, por mucha afinidad que tuviera con el torbellino rubio. Lore siempre mostraba una sensibilidad especial. Una calidez a la que aferrarse pasara lo que pasara y que formaba parte de la amargura que anidaba en su interior.

—En realidad no es solo una sensación, sino dos. Siento dolor y rabia. Dolor porque me parece que parte de mi vida se dirige otra vez hacia el pasado, y eso me deja muy frustrado. Cuando abandoné La Coruña estaba perdido y no lo pasé muy bien en Valencia. ¿Y si vuelvo otra vez a ese punto?

—Ahora no estás solo. —Lore cogió su mano hinchada y la acarició con cariño. Su tacto era muy agradable.

Ella, consciente de las sensaciones que despertaba en su amigo, mostró una tenue duda. Abel la discernió en sus ojos. Pese a su temperamento, titilaron con algo de miedo.

—Toda esta situación no me provoca más que rabia —continuó Abel—. Rabia porque no pude reaccionar entonces y porque dudo que pueda reaccionar ahora.

—Antes no nos tenías a nosotros —dijo ella, con naturalidad—. Somos tu familia y no te vamos a dejar solo. Simplemente tienes que confiar y abrirte. ¿Sabes, Abel? Las cosas podrían haber sido distintas si... si hubieras confiado un poco más en mí. —El muchacho creyó distinguir una pizca de reproche en su voz—. Pero hay algo en esa cabeza hueca que te impide abrirte a los demás.

—¿Qué habría cambiado si hubiera confiado en ti? —preguntó él, tratando de hacer mella en su vulnerabilidad.

Lorena dudó y Abel llegó a preguntarse si todavía existía ese sentimiento que los hizo aproximarse en el pasado. Tal vez Rafa hubiera sido el camino sencillo y él, en su complejidad y esquizofrenia, la senda tortuosa que ella prefirió evitar.

—Ya es tarde para eso —dijo Lore, evitando entrar en el cenagal.

Abel no tuvo más remedio que aceptar esa respuesta y asintió con la cabeza.

—¡Vamos, no pongas cara de perro degollado! —exclamó Lore, que una vez más parecía leer sus pensamientos—. El verdadero problema es ese recelo tonto que te aleja constantemente de la gente que te quiere. No te atreves a mostrarte a los demás tal como eres. Sigues comiéndote la bola demasiado. Date un respiro, no pienses tanto en el ayer y piensa un poco en el mañana. La vida no es tan chungueta. Al menos, la rabia indica que tienes ganas de pelear. La pena, en cambio, es signo de rendición.

A Abel le sonaban aquellas palabras. Miedo a enfrentarse a sí mismo, a ver lo que llevaba dentro. Se lo dijo su antiguo maestro de Bellas Artes en La Coruña y ahora lo volvía a escuchar en labios de Lore. Pero en ella sonaba más escalofriante.

—Tienes vocación de filósofa.

—Más bien de charlatana de *reality show* —dijo Lore sonriendo, después volvió a coger los folios del cuento de Secreto y los ordenó con cariño—. No le echas a los demás la culpa de tus demonios, Abel. En cuanto te des un respiro verás cómo las cosas no son tan grises. Comienza a dar la vuelta a la situación. Arregla tu vida desde lo más sencillo y poco a poco todo cambiará de perspectiva.

Dicho esto, Lore golpeó con el fajo de papeles la frente de Abel.

—Busca la solución más práctica al problema —añadió con una sonrisa muy natural—. Antes has dicho que no eras capaz de visionar el relato. Pues busca ayuda.

—¿Vas a ayudarme tú? Pero si no tienes ni pajolera idea de pintura.

—Yo no, tonto. Habla con el autor.

—Joder, Lore, si no sé quién es, ¿cómo le voy a pedir ayuda?

La muchacha suspiró con resignación.

—Los tíos sois más cortos que la picha de un virus. Tienes contacto directo con el editor del diario. Habla con él, seguro que tendrá algún dato más. Un teléfono, una dirección postal, no sé. Cualquiera cosa que te encamine hacia Secreto. —Lore le pegó un coscorrón en la frente—. Perspectiva, Abel, abre tu perspectiva.

Una vez que los ánimos estuvieron más calmados, la muchacha volvió a echar un vistazo a su mano. Estaba tan hinchada y tan roja que parecía un volcán a punto de explotar. Abel, a duras penas, logró mitigar un gesto de dolor.

—Será mejor que le pongamos hielo para rebajar la hinchazón y luego nos vayamos a urgencias. Esto no tiene muy buena pinta.

La conversación con Lore fue toda una revelación para Abel. La posibilidad de hablar con Augusto Sangüeño ni siquiera había pasado por su cabeza. Con toda probabilidad el editor tendría algún dato más que le permitiera ver el asunto de Secreto desde otro punto de vista, tal como le aconsejó Lore. Por desgracia, esa llamada se demoró hasta el día siguiente, pues se pasaron la tarde en la sala de espera de traumatología del Clínico y para la cena no

tuvieron más remedio que conformarse con las sobras de un chino de la Avenida de los Naranjos, muy cerca de la Politécnica.

A la mañana siguiente, a primera hora, Abel volvió a llamar al fijo que venía en el membrete de la carta y le respondió la voz profunda del editor. Abel imaginó a Sangüeño como el típico encorbatado que pasaba las horas muertas en la redacción, trajinando entre un mar de humo y cultivando un carcinoma de bandera en el pulmón. La primera vez que contactó con él, su respuesta fue más fría de lo que esperaba. Apenas intercambiaron un par de frases, meros formulismos profesionales: que si un número de cuenta para ingresar el pago, que si estaba dado de alta en la seguridad social, que si se dedicaba profesionalmente al mundo de la ilustración. En cuanto Abel respondió a esta última pregunta con un «no», Sangüeño despachó la conversación por la vía rápida.

—¿Abel? ¿Qué Abel? —Las primeras palabras del editor tras presentarse por segunda vez en tan poco tiempo, no auguraban una conversación mucho más larga.

—El ilustrador. Hablé con usted hace un par de días. Me envió un cuento para el dominical.

—¡Ah, coño! El chaval que va para matasanos. Dime, dime.

Joder, qué mal le caía aquel tipo.

—Es que necesito contactar con el autor del cuento que me mandaron, un tal Secreto. He leído el trabajo con mucha atención y me han surgido un par de dudas, así que me gustaría aclararlas con él.

—Pero si el relato va con seudónimo, ¿cómo te voy a dar su dirección?

—Pensé que en la redacción tendrían algún dato más para averiguar su identidad. Un nombre bajo plica, una dirección e-mail, un domicilio, no sé... algo para contactar.

—No aceptamos correos electrónicos a la hora de recibir cuentos. Coño, que esto es España y son los autores los que nos tienen que dar las gracias por publicar. Que se gasten unos cuantos céntimos en sellos, que es lo menos que pueden hacer. Respecto al remite de la carta original, estará en la papelera.

—¿Seguro? Me vendría muy bien ese dato. Me ayudaría a mejorar la... perspectiva de la ilustración.

—¿La perspectiva de la ilustración? Coño, cómo sois los artistas de ahora. Dalí en sus mejores tiempos era menos exigente que tú. Espérate porque este no es el primer cuento que manda ese tipo, lo mismo tenemos algún dato más en el fichero. Voy a buscarlo. — Sangüeño se separó el auricular de la boca y soltó un grito que hizo rechinar los dientes de Abel—. ¡Paquí, vete para los archivos de las historietas del dominical y me traes la carpeta de un tal Secreto! Y rapidito que el café se me enfría.

Abel se hizo con un cuaderno y un bolígrafo y aguardó un rato a que el editor volviera a derramar su respiración asmática en el auricular.

—A ver, chaval, toma nota. Las cartas del tal Secreto vienen de la calle de los Nocturnos portal número dos. No pone piso ni nada. Debe de ser un bajo. Además, el tipo

no ha añadido número de cuenta, a pesar de que se lo hemos pedido varias veces, así que no ha cobrado ni una perra por los cuatro relatos que le hemos publicado. Si te pones en contacto con él y te pregunta, le dices que no venga ahora reclamando nada, que el vencimiento de los recibos ya ha pasado. Que a partir de ahora se espabile.

—¿Dice que le ha publicado más cuentos? ¿Podría enviármelos para que los leyera? *Legado de escritores* me ha parecido fabuloso.

—Sí, hombre, y si quieres te mando la enciclopedia Salvat por fascículos. A ver, chaval, que esto es una oficina de prensa y no el Círculo de Lectores. Te acabas ese cuento y luego vamos a por otro. ¿Está clarito?

—Sí, señor.

—Pues hala, a ver si vamos aligerando y preparamos las ilustraciones. Te dejo que tengo mucho trabajo.

Sangüeño ni se despidió. No había colgado el auricular y ya estaba reclamando a grito pelado la presencia de la tal Paqui. Abel se destaponó los oídos después de recibir los exabruptos del editor y observó el nombre apuntado en el cuaderno: Los Nocturnos. Era la primera vez que escuchaba el nombre de esa calle. Acudió al callejero y rebuscó a conciencia. Aunque la vía estaba reseñada en el índice, en el plano no encontró rastro de ella. Debía de estar situada entre Comedias y Vestuario, justo detrás de la Plaza del Patriarca y la calle de la Nave, donde se reunían las librerías de anticuaría del centro. Rebuscó un poco más por los callejeros de Internet y encontró la referencia de una vía minúscula que, de tan estrecha que era, apenas aparecía en los planos. Mientras especulaba con aquellos datos, le vino a la cabeza el interés que Lorena mostró por los Nocturnos hacía dos días en la hamburguesería. Echó un rápido vistazo al cuento —que a aquellas alturas parecía el periódico de los domingos después de haber pasado por las manos de toda la familia— y se topó de morros con la dedicatoria final:

*Para Rafael Marín, trovador de historias fascinantes que han hecho volar
mi imaginación. Bien podrías haber sido un Nocturno.*

¿Un Nocturno? ¿Tendría algo que ver esa referencia con la calle de los Nocturnos? Consciente de que debía refinar un poco más la información recurrió de nuevo a Internet y buceó entre varias páginas. No tardó en dar con una entrada que hacía referencia a una academia literaria valenciana llamada «los Nocturnos», constituida durante la última década del siglo XVI y que reunía a la clase bohemia de la época. La institución fue presidida por un tal Bernardo Catalá, brazo militar de las Cortes y embajador de Felipe II. Entre los ilustres poetas, dramaturgos y escritores que militaban en ella figuraban Gaspar Aguilar, Guillén de Castro, Jaime Orts, Agustín Tárrega y un buen puñado de autores que, por no tener nombre de calle, a Abel se le antojaron desconocidísimos. Además, llegó a la conclusión de que aquella debió ser una panda de repipis. Después de llamar a la institución

«los Nocturnos», decidieron adoptar una serie de seudónimos que tenían relación con la noche. Entre silencios, miedos, tinieblas, luces y vigiliias, Abel dio con el nombre que andaba buscando: Secreto.

—Guillén de Castro —musitó, incapaz de disimular una sonrisa nerviosa. Las cosas comenzaban encajar un poco.

El tal Secreto, el del cuento de Las Provincias, se había apoderado del seudónimo que el dramaturgo Guillén de Castro usaba en sus veladas literarias en el Palacio de Bernardo Catalá. Tras una segunda búsqueda por Google, reconoció en él al típico caballero de ascendencia castellana que se movió entre la nobleza y la carrera militar. Protegido del Marqués de Peñafiel, procurador del Duque de Gandía, gobernador del Castillo de Secano... los cargos de Guillén de Castro aumentaban con cada párrafo de su biografía. Su obra se extendía entre el teatro y una amplia producción poética. Además, tras la clausura de la Academia de los Nocturnos, creó una segunda institución llamada «Montañeses del Parnaso» en la misma ciudad de Valencia. Tal fue su trasiego cultural que al final legó su nombre a una de las arterias más importantes del centro urbano. No obstante, la institución en la que durante tanto tiempo militó, acabó sufriendo peor suerte. El epíteto de «los Nocturnos» quedó relegado a una callejuela de barrio.

Con todo, aquellos datos resultaban inconsistentes para definir el perfil de Secreto. Al principio se imaginó a un hombre mayor, lo suficiente como para conocer la existencia de una academia del siglo XVI y adoptar el nombre de uno de sus fundadores. Aunque tampoco ese detalle se le antojó definitivo. Si el autor de *Legado de escritores* vivía en la calle de los Nocturnos, la elección del seudónimo de Secreto podía ser premeditado para alimentar el suspense de su identidad.

—¿Los Nocturnos?

Tan abstraído estaba en sus cábalas, que no reparó en la presencia de Patri hasta escuchar su voz cantarina.

—¿Qué historia es esta, Abel? —inquirió mientras se sentaba frente al monitor y se mecía de un lado a otro en la silla de ruedas—. ¿Todavía sigues con el rollo del cuento?

—No es ningún rollo...

—Sí que lo es.

—Te digo que no.

—Sí que lo es. Mira: «Los Nocturnos solían reunirse en el palacio de Bernardo Catalá de Valeriola, celebrándose las sesiones los miércoles al anochecer o, de manera excepcional, al mediodía». —Patri echó hacia atrás la silla, amenazando con romper el respaldo, y puso los ojos en blanco—. Es un rollo como una casa. Suena a secta. Se parece a la religión de Tom Cruise. ¿Cómo se llamaba?

—La Iglesia de la Cienciología —respondió Abel, arrastrando las palabras.

—¡Eso! ¿Y qué se supone que estás haciendo ahora?

Abel se limitó a devolver el callejero a la estantería y a ordenar sus apuntes. Cuando quiso apagar el ordenador, Patri interpuso la silla en su camino.

—A Lore se lo has contado —insistió mientras enarcaba mucho las cejas—. Últimamente a ella se lo cuentas todo y a mí nada. ¿Pensaba que era tu mejor amiga? Ahora Lore me está desplazando por Rafa y tú por Lore. Todos pasáis de mí.

Abel hizo ademán de rodear a la Patri motorizada, pero en cuanto giró a la izquierda, ella interpuso la silla de nuevo en su camino.

—¿Es que no os doy lástima? Todos vais a vuestra bola y me dejáis sola. Estoy pensando seriamente en mudarme de piso y buscar otros compañeros que aprecien más mi amistad. Además...

—¡Bueno, vale! Estoy intentado dar con la identidad de Secreto.

La cara de Patri cambió radicalmente al escuchar aquella revelación.

—¡No jodas! ¿Para qué?

—Quiero hablar con él...

—¿De qué? ¿Por qué?

—Para que me ayude a visualizar el dibujo. Lo tengo atragantado.

—Si quieres te ayudo yo a visualizarlo.

—No creo que tú fueras de mucha ayuda —suspiró Abel—. Preferiría tener en cuenta la opinión del escritor antes que la tuya.

Patri se giró hacia la pantalla del ordenador y expandió una de las ventanas minimizadas en la barra de tareas. El plano con la calle de los Nocturnos se desplegó ante los ojos curiosos de la chica. Abel lamentó no haberlo cerrado antes.

—No conozco esa calle, pero sí la zona. Esta muy cerca de La Paz. Justo detrás, en la calle del Mar, hay una taberna cubana en un rinconcito que ponen unos mojitos de vicio.

—Que yo sepa no te he pedido ayuda —replicó Abel.

—¡Claro que lo has hecho! Ahora mismo. Me has dicho que estas buscando al tío que escribió el cuento y que quieres hablar con él. Así que te voy a ayudar a encontrarlo.

Abel se quedó petrificado. Lo que menos necesitaba en ese momento era llevar a Patri pegada en plan mosca cojonera. Prefería apañárselas solo para dar con Secreto. Sin embargo, la terquedad de Patri cuando algo se le metía entre ceja y ceja solía ser legendaria. En cierta ocasión, durante las prácticas en el departamento de radiología del hospital, mantuvo en jaque a dos doctores que personificaban la prepotencia de la medicina. Algunos de los diálogos que mantuvo Patri con ellos se convirtieron en mito dentro de la Facultad de Medicina.

—Vamos a ver, ¿cuántas horas estudias al día?

—¿De verdad tengo que responder esa pregunta?

—Mujer, no es algo tan íntimo, ¿no?

—A estas alturas de curso... —Patri se pensó un buen rato la respuesta ante la mirada penetrante de los dos doctores—: ninguna.

—Vaya manera de prepararse —dijo uno—. Durante la carrera saqué cinco matrículas.

—¡Qué casualidad! —respondió el otro—. Yo también saqué cinco. Una en farmacología.

—Ahí me pillas. Yo tuve que conformarme con un sobresaliente —respondió el primero. Después se volvió hacia Patri, que los observaba como quien mira a un extraterrestre—: ¿Y tú, cuántas llevas?

—Mmmm... creo que me quedan cinco para pillaros.

Uno de los doctores, cansado de las contestaciones descaradas, optó por salirse por la tangente y comenzar a revisar los TAC.

—¿Aprecias la fractura?

—No —dijo ella muy segura de sí misma.

—¿Por qué?

—Porque si digo que sí, querrás que la señale.

—¿Y eso te parece un criterio lógico? Así no se hacen las cosas.

—Hombre, si no puedo señalarla porque no la veo, sí me parece un criterio.

Los dos doctores tuvieron que dejar las cosas así porque en el TAC no había ninguna fractura.

Cuestiones semejantes hicieron de Patri una leyenda en vida y la elevaron a los altares de los alumnos respondones. Los médicos residentes comenzaron a evitarla y los profesores eludían sus preguntas en clase. Abel era consciente de que para domeñar su genio, no solo bastaba desparpajo sino también inteligencia, en caso contrario Patri acababa saliéndose con la suya. Abel, por supuesto, no tenía ganas de enfrascarse en una batalla dialéctica con semejante bocas, así que tras pensárselo dos veces, accedió a contarle todo lo que sabía.

Decidieron postergar su visita a Secreto hasta última hora de la tarde. Tomaron el autobús cuando la noche planeaba sobre la Plaza Honduras y, como sardinas en lata, atravesaron el Puente del Real camino de la Plaza de Tetuán. A su alrededor, las farolas que jalonaban la calle de La Paz comenzaban a encenderse, derramando un sendero sobre el abundante tráfico que procedía de Tetuán y de la avenida Alfonso el Magnánimo. Los comercios cerraban sus puertas y el tráfico se condensaba, señal inequívoca de que los oficinistas abandonaban sus celdas como un enjambre de avispas. Un reguero de gente subía hacia la Plaza de la Reina, la mayoría cargada con bolsas de las boutiques de moda del Centro. Abel y Patri no tardaron en escabullirse de la masa y buscaron el alivio de las travesías que corrían paralelas a La Paz. La sensación de desahogo fue inmediata. La muchedumbre prefería las grandes vías antes que los callejones estrechos que conectaban Pintor Sorolla con La Paz.

En más de una ocasión Abel tuvo que despegar a Patri de los escaparates de ropa de diseño para arrastrarla por la calle Comedias. El viaje en autobús se había prolongado más de lo que en un principio tenía previsto. Circular por Valencia a ciertas horas en transporte público podía ser más complejo que hacerse sitio en la procesión del Silencio de la Semana Santa.

—¡Para una vez que venimos al centro, no me dejas ni respirar! —se quejó amargamente Patri.

Abel tiró de ella con energía, asegurándose de que siguiera pegada a sus talones. Por un instante tuvo la impresión de que formaban una pareja de novios inmersos en una trifulca, tal pensamiento hizo que se sonrojara.

—No me apetece que me den con la puerta en las narices por llegar tarde, así que aligera —ordenó, tratando de quitarse aquella idea de la cabeza.

Los Nocturnos no era más que una callejuela que apenas superaba los veinte pasos de largo. A un lado se alzaba la fachada de una antigua sede de UNICEF, al otro los edificios vetustos. Resquicios de una Valencia señorial arrinconada por el progreso irreverente. La luz se arredraba entre bambalinas, apenas cuatro luminarias engarzadas a unos postes medio devorados por la herrumbre. Quizás esa calle hubiera contemplado tiempos mejores, pero en la actualidad se reducía a un viejo pasadizo que conducía a ninguna parte. Olía a cemento y a hierro oxidado, y tras las ventanas apenas se distinguían luces artificiales que anunciaran la existencia de vida.

—Yo ahí no entro ni loca —advirtió Patri observando con animadversión las fincas más antiguas.

—¿Entonces a qué has venido?

—Cuando dijiste que la calle era un homenaje a un montón de poetas, me imaginaba algo más... más... glamuroso, no esta mierda de cuchitril.

—Pues quédate aquí si quieres. Yo voy a conocer a Secreto.

Patri hizo amago de detenerlo, pero Abel se apartó de su lado y caminó hasta el primer patio. Más allá, solo había otra puerta atrancada antes de que el callejón desembocara en una vía transversal tan estrecha como los Nocturnos. Sobre el portal número dos distinguió un rótulo medio descolgado: COMPRA VENTA DE LIBROS USADOS. LLAME ANTES DE ENTRAR. Abel se volvió hacia Patri, que aguardaba amagada en una esquina, y vio cómo esta le hacía señas para que regresara. El muchacho negó con la cabeza y llamó a la puerta desvencijada. Por un instante reinó un silencio demoledor y Abel contuvo la respiración. Más arriba se apreciaba algo de luz, en el primer piso. Tras un estor de tela creyó distinguir una silueta que se refugiaba en su vivienda. En cuanto retrocedió dos pasos para buscar mejor perspectiva, la forma se desvaneció tras una explosión de cabellos negros. Abel parpadeó varias veces, como si los ojos le hubieran jugado una mala pasada al descubrir un espejismo. Cuando volvió a encarar la habitación, se encontró con el hermetismo del estor bajado.

No tuvo más tiempo para divagar. La puerta se abrió con un gruñido de bisagras y un rostro apareció entre la rendija de luz. El extraño fijó en él unos ojos cáusticos, templados con cera hirviendo.

—¿Quién es?

Abel se llevó un buen sobresalto.

—Soy Abel Barros, trabajo para Las Provincias. Quería hacerle unas cuantas preguntas sobre el... —la puerta se cerró en sus narices— relato.

Abel se giró de nuevo hacia la salida del callejón, donde seguía escondida Patricia. La muchacha negó con la cabeza de manera críptica, transmitiéndole sus malas vibraciones, pero Abel permaneció impertérrito frente al vano. Se escuchó el ruido de una cadena al soltarse y esta vez la puerta se abrió de par en par. El individuo que apareció ante el joven resultó atemorizador. Debía ser un hombre de cierta edad, maltratado por el tiempo. A pesar de que estaba dotado de una constitución fornida, su faz era un refrito de hoyuelos y zurcidos. De piel muy morena, barba corta y entrecana, exhibía un cabello rizado que recordaba a los curtidos navegantes de las antiguas películas griegas. Tenía la camisa abierta hasta medio pecho, de modo que exhibía sin pudor un grueso felpudo de pelo rizado. El extraño miró de arriba abajo al muchacho y compuso una expresión tan amedrentadora que Abel tuvo el impulso de salir huyendo del callejón.

—¿Sabe cuál es el significado de la palabra «seudónimo»?

La voz grave de aquel hombre caló en los pocos arrestos que le quedaban a Abel.

—Como parece que los hados le han arrebatado el don de la palabra, voy a exponérselo de manera concisa. Seudónimo es el nombre que utiliza alguien para ocultar su verdadera identidad. ¿Sabe por qué? —Abel hizo ademán de decir algo, pero antes de que pudiera despegar los labios, un garrote de madera de cedro apareció de la nada y apuntó directamente a su pecho, obligándole a guardar las distancias—. El nombre es la alabanza del día, el seudónimo el descrédito de la noche. Franco firmaba como Jakob Kir sus memorias para que nadie supiera que era masón, Paul Hewson tuvo que ponerse el nombre de un audífono ortopédico para cantar en U2 y Stewart Königsberg firmaba como Woody Allen para que su familia judía no le echara en cara que era un cómico de medio pelo. ¿Le ha quedado claro hasta qué punto es importante respetar la identidad de un seudónimo?

Abel afirmó con la cabeza.

—Entonces, ahora trate de explicarme por qué diablos se ha saltado todas las leyes divinas para presentarse en la puerta de mi casa.

Abel tenía la garganta seca. La contera del bastón del anciano se le clavaba cada vez más en el pecho.

—Que-quería felicitarle en persona... —Tuvo que tragar saliva para hacer pasar el nudo que oprimía su garganta—. Me gustó mucho su... cuento... Me parece que está escrito con mucha ternura y...

El extraño apartó el bastón de su esternón con un movimiento brusco y se aproximó tanto a Abel que este sintió que el corazón se le congelaba en el pecho. El anciano desprendía un fuerte olor a libro añejo y a colonia barata.

—Señor... —insistió Abel— podría hablar un momento con usted...

—¿Para qué?

—Quiero saber más cosas del cuento. Lo necesito para hacer mi trabajo.

—Todo lo que debe saber del cuento está en el cuento. Así que léaselo con detenimiento y deje de incordiar con su presencia.

Tras esta aseveración, el anciano dio media vuelta y volvió a cruzar el umbral. Cuando Abel iba a añadir algo, cerró la puerta con un fuerte trompazo.

Abel permaneció atascado un buen rato, con una mueca desangelada en el rostro y un espasmo rígido en las manos. Al principio no supo muy bien cómo reaccionar; apenas una fracción de segundo antes estaba discutiendo con el anciano y, casi sin darse cuenta, se daba de morros con la puerta del edificio. Se rascó el pelo alborotado mientras trataba de borrar el mohín estúpido de la cara y caminó cabizbajo hacia la salida del callejón. Al final, el viaje no había servido de nada. Una regañina de un viejo huraño y un bajón que, probablemente, acabaría desterrando las pocas posibilidades que tenía de visualizar el cuento. Miró a Patri y se sintió estúpido. ¿Qué esperaba encontrar allí? ¿Inspiración? ¿Aliento? ¿Fe en sí mismo? Al final recibió un jarro de agua fría y las palabras de ánimo de Lore sonaban más banales que nunca. Casi podía sentir cómo el Abel cirujano, el Abel analista y dogmático, cogía el bisturí y abría en canal al Abel romántico, arrancándole sueños y fantasías a golpes de escalpelo. Apenas pudo susurrar un «vámonos» al pasar junto a Patri.

Pero la muchacha permanecía varada en la salida del callejón, sin pestañear o mover un solo músculo. Antes de que Abel pudiera alejarse, rozó su brazo y señaló la ventana de la primera planta del edificio. Fue entonces cuando la vio por segunda vez, la imagen fantasmagórica de un daguerrotipo. Pálida bajo el estor, transida en oscuridad. Ojos envenenados de tristeza bajo un disfraz de plata y azabache. Tenía las manos apretadas contra el ventanal, como si invocara el auxilio de un príncipe encantado, sin embargo sus ojos, sus labios, sus pálidas mejillas parecían pertenecer a las sombras. Y aun así era bella, muy bella, tan bella que Abel sintió que su corazón se detenía. Era ella la que le espío antes de llamar a la puerta, la que se desvaneció cuando sus miradas se encontraron por primera vez. Pero ahora no le rehuía, sino que mantenía su mirada casi con un deje de súplica.

—¿Quién es? —balbuceó Patri, impresionada.

Abel no lo dudó un instante. La conocía. La había visto lejos del callejón de los Nocturnos, pintada en metáforas, aliteraciones y paradojas. Palabras que se cristalizaban en una imagen tan hermosa, que se convertía en la única luz que embellecía la noche.

—Es ella —dijo en un susurro—. Es Secreto.

